

## VIII.

Siendo Alcibiades sospechoso á los Lacedemonios, persuade á Tisaernes para que rompa la alianza con los Peloponenses y la haga con los Atenenses.—Los Atenenses envían embajadores á Tisaernes para ajustarla.

Durante este tiempo, y antes de la rebelión de Rodas, después de la muerte de Calcideo y de la batalla junto á Mileto, los Lacedemonios tuvieron gran sospecha de Alcibiades, de tal manera, que escribieron á Astioco le matase, porque era enemigo de Agis, su Rey, y en lo demás tenido por hombre de poca fe. Avertido de esto Alcibiades se unió á Tisaernes, con el cual había hablado de cuanto sabía contra los Peloponenses, diciéndole todo lo que pasaba entre ellos; y siendo causa de que éste disminuyera el sueldo que pagaba á los soldados, y que, en lugar de una dragma ática que les daba cada día, les diese tres óbolos, y no más, y aun éstos muchas veces no se los pagaba, por consejo del mismo Alcibiades, diciendo que los Atenenses entendían mejor lo referente á la mar que ellos, y no pagaban á sus marineros y pilotos sino este sueldo, que él no quería dar más; y no lo hacía, tanto por ahorrar dinero ni por falta que tuviese de él, cuanto por no darles ocasión á gastarlo mal y emplearlo en malos usos, haciéndose cobardes y afeminados, pues lo demás de lo que les era necesario para sustentar á los marineros lo gastarían en cosas superfluas, con lo que llegarían á ser más cobardes y muelles. Añadía que lo que les suprimía de la paga por algún tiempo, lo hacía para que no tuviesen intención de irse y dejar los barcos, si no les debían nada, lo cual no osarían hacer cuando sintiesen que les detenían alguna parte de su sueldo.

Para poder persuadir de esto á los Peloponenses, había

sobornado Tisafernes, por consejo de Alcibiades, á todos los pilotos de los buques y á todos los capitanes de las villas por dinero, excepto al capitán de los Siracusanos, Hermócrates: el único que resistía á todo esto cuanto podía, en nombre de todos los confederados.

El mismo Alcibiades vencía con razones, hablando á nombre de Tisafernes á las ciudades que pedían dinero para guardarse y defenderse. A los de Chío decía que debían tener vergüenza de pedir dinero, atento que ellos eran los más ricos de toda Grecia y habían sido puestos en libertad, y librados de la sujeción de los Atenienses, mediante el favor y ayuda de los Peloponenses, no siendo justo demandar á las otras ciudades que pusieran en peligro sus ciudadanos y sus haciendas y dineros, por conservar la libertad de dicha ciudad.

En cuanto á las otras ciudades que se habían rebelado contra los Atenienses, aseguraba que tenían gran culpa en no querer pagar para la defensa de su libertad lo que acostumbraban á dar á los Atenienses de impuesto y subsidio. Y aun decía más: que Tisafernes tenía razón en ahorrar el dinero de aquella manera para sustentar los gastos de guerra, á lo menos hasta que recibiese nuevas de si el Rey quería que el sueldo fuese pagado por entero ó no; y si se lo mandaba pagar por entero, hacerlo así, no habiendo por tanto falta de su parte, prometiendo recompensar á las ciudades á cada una, según su estado y calidad.

Además, Alcibiades aconsejaba á Tisafernes que procurase no poner fin á la guerra, y que no hiciese venir los buques que estaban dispuestos en Fenicia, ni tampoco los que había hecho armar en Grecia para juntarlos con los del Peloponeso, porque, haciendo esto, los Peloponenses serían señores de la mar y de la tierra, siéndole más provechoso que los entretuviese siempre en diferencias y guerras, porque por esta vía siempre quedaba en su mano y poder excitar una parte contra la otra y vengarse de la que le hubiese ofendido. Pero si permitía que una de las partes fuese vencida y que la otra tuviese

señorío en la mar y en la tierra, no hallaría quien le ayudase contra ella, si le quería hacer mal, y sería menester que él mismo, en tal caso, con grande daño y con muy gran gasto, se expusiese solo al peligro, que más valía con poca costa entretenerlas en diferencias, y de esta manera mantener su estado con toda seguridad.

De esta suerte daba á entender á Tisafernes, que la alianza de los Atenienses sería mucho más provechosa al Rey que la de los Lacedemonios, porque los Atenienses no procuraban dominar por la tierra; y su intención y manera de proceder en la guerra era mucho más provechosa para el Rey que la de los otros, por causa de que, siendo sus aliados, sojuzgarían por mar y reducirían gran parte de los griegos á su servidumbre, y los que habría en tierra, habitantes en las provincias del Rey, quedarían vasallos de éste, es decir, lo contrario de lo que pretendían los Lacedemonios, quienes deseaban poner á todos los Griegos en libertad, porque no era de creer que ellos, que procuraban librar á los Griegos de la servidumbre de otros Griegos, quisiesen permitir que quedaran en la de los Bárbaros. Por eso harían lo necesario para poner en libertad á todos los que antes no lo habían estado y que por entonces eran súbditos del Rey.

Aconsejábale, pues, que dejase destruir y debilitarse unos á otros, porque después que los Atenienses hubiesen perdido gran parte de sus fuerzas, los Peloponenses tendrían tan pocas, que fácilmente los echaría de Grecia.

Con estas persuasiones se avenía fácilmente Tisafernes con Alcibiades, y conocía muy bien que éste decía verdad, porque lo podía comprender y conocer, por las cosas que cada día acontecían.

Siguiendo su consejo, pagó primeramente el sueldo á los Peloponenses, mas no les permitía que hiciesen la guerra, diciéndoles que era necesario esperar los buques de los de Fenicia, que no tardarían en ir, y hacía esto, cuando los veía muy preparados y revueltos á combatir. De tal manera esterilizó la empresa y debilitó esta ar-

mada, que era muy hermosa y grande, haciéndola inútil.

En otras ocasiones se declaraba más abiertamente con palabras, diciendo que de mala gana hacia la guerra en compañía de los aliados: lo manifestaba así por persuasión de Alcibiades, el cual juzgaba ser esto lo más acertado y lo aconsejaba tanto al Rey como á Tisafernes, cuando se hallaba á solas con ellos.

Inspiraba esta conducta de Alcibiades principalmente el deseo que tenía de volver á su tierra, lo cual esperaba alcanzar algún día, si no quedaba del todo destruída, con tanto más motivo, si llegaba á saberse que tenía grande amistad con Tisafernes, como se supo, porque cuando los soldados Atenienenses que estaban en Samos entendieron su familiaridad con Tisafernes, y que había ya tenido manera de hablar con los más principales de Atenas y de exponer la conveniencia de que le llamaran á los que tenían más autoridad en la ciudad, advirtiéndoles que quería reducir la gobernación de ella á oligarquía, que es el mando de corto número de hombres buenos, y haciéndoles entender que, por esta vía, Tisafernes estrecharía más la amistad con él, la mayor parte de los capitanes y pilotos de los barcos, y los otros más principales que estaban en la armada, que sin excitaciones ajenas aborrecían el mando popular llamado democracia, celebraron consejo, y después que el asunto fué discutido en el campamento, al poco tiempo se divulgó en la ciudad de Atenas.

Además de esto convinieron los que estaban en Samos, que algunos de ellos fuesen á Alcibiades para tratar con él sobre este hecho, como lo hicieron; el cual les prometió primero que los haría amigos de Tisafernes, y después del Rey con tal de que ellos mudasen la democracia, que es gobernación popular, y la redujesen á oligarquía, que es el mando y gobierno de pocos hombres buenos, como arriba se ha dicho. Aseguraba que de esta manera el Rey tendría mayor confianza en ellos.

Los que fueron enviados ante él se lo concedieron fácilmente, porque les parecía que de esta manera los Ate-

nienses podrían alcanzar la victoria en esta guerra, como también porque ellos mismos, que eran los principales de la ciudad, esperaban que el gobierno vendría á caer en sus manos cuanto antes y porque muchas veces eran perseguidos por la gente popular.

De vuelta á Samos, después que comunicaron y persuadieron de la cosa á los que estaban en el campo, se fueron á Atenas y mostraron al pueblo como llamando á Alcibiades, y poniendo el gobierno en las manos de pocos buenos, á saber, de los más principales de la ciudad, tendrían al Rey de su parte, y les proveería de dinero para pagar su gente en aquella guerra.

El pueblo al principio no condescendió; pero por el gasto que tenían con la guerra y con el pago de las tropas, creyendo que el Rey las pagaría, aunque de mala gana; se vieron obligados á consentirlo.

A esto ayudaban mucho los que eran apasionados por el cambio, tanto por el amor que tenían á Alcibiades, como por su provecho particular.

También daban á entender al pueblo todo lo que Alcibiades les había dicho muy detalladamente sobre grandes y seguros proyectos.

Mas Frinico, que aun era capitán de los Atenienses, no hallaba cosa buena que cuadrase á sus propósitos y le parecía que Alcibiades, en la situación en que se encontraba, no deseaba más la gobernación de los principales, que el estado popular, siendo únicamente su propósito amotinar la ciudad, esperando que por alguna de las partes sería llamado y restituído en su estado: lo cual Frinico quería impedir de todas maneras, tanto por su particular provecho, como por evitar la división que habría en la ciudad.

Además no comprendía por qué el Rey se quería apartar de la amistad de los Peloponenses para aliarse con los Atenienses; viendo que los Peloponenses eran ya tan prácticos en la mar y de tanto poder como los Atenienses, y tenían muchas ciudades en las tierras del Rey; porque de juntarse con los Atenienses, de quienes apenas

se podría fiar, no le había de suceder sino grandes gastos y trabajos, siéndole más fácil y conveniente conservar la amistad con los Peloponenses que en ninguna cosa le habían ofendido.

Por otra parte, aseguraba saber que las otras ciudades, cuando entendiesen que la gobernación de la democracia de Atenas era transferida del pueblo á poco número de hombres buenos, y que también por el mismo caso habían ellos de vivir de la misma manera, los que estuvieran ya rebelados, no por eso volverían á la amistad y obediencia de los Atenienses; y los que no lo hubiesen hecho, no dejarían de hacerlo, porque esperando recobrar su libertad, si los Peloponenses conseguían la victoria, no escogerían estar en la sujeción de los Atenienses, de cualquier manera que su Estado se gobernase, ora fuese por el mando del pueblo ó por el de los principales ciudadanos.

Por otra parte, los que eran tenidos por nobles y por más principales, consideraban que no tendrían menos trabajo estando la gobernación en mano de pocos que cuando estaba en las de todo el pueblo; porque también serían maltratados por los aficionados á tomar dádivas y á corromperse, inventores de cosas malas por hacer su provecho particular, temiendo que en el nuevo estado y bajo la autoridad de los que tendrían este gobierno, pudieran ser los ciudadanos castigados hasta con la pena de muerte, sin oír sus descargos, y sin el recurso de apelar al pueblo, el cual castigaba tales violencias.

Esta era la opinión de las otras ciudades sujetas á obediencia de los Atenienses, las cuales lo habían conocido por experiencia; de todo lo cual decía Frinico estar bien informado, y por esta causa no hallaba cosa conveniente que cuadrase á lo que Alcibiades había propuesto.

No obstante todo esto, los que al principio fueron de opinión contraria, no dejaron de perseverar en ella, y ordenaron enviar comisionados á Atenas, entre los cuales fué Pisander para proponer al pueblo la restitución

de Alcibiades en su anterior estado, y quitar la democracia, es á saber, del estado popular.

Supo esto Frinico, y conociendo la manera como los mensajeros habían de proponer la restitución de Alcibiades en su Estado, y dudando que el pueblo lo hiciese, y si lo hiciese que le pudiera sobrevenir algún daño por la resistencia que había hecho á aquel proyecto, teniendo Alcibiades la principal autoridad, acordó usar de un ardid, y fué enviar secretamente uno de sus criados á Astioco, capitán de la armada de los Peloponenses, que estaba aún en Mileto, al cual avisó por carta de muchas cosas, y entre otras de como Alcibiades dañaba todos los negocios de los Peloponenses y trataba de hacer la alianza entre Tisafernes y los Atenienses. En la carta añadía que debían perdonarle de lo que aconsejaba y advertía, por ser cosa grandemente perjudicial á su ciudad y patria; pero que lo hacía para dañar á su enemigo.

Astioco no hizo caso de la carta porque ya no tenía poder para castigar á Alcibiades, puesto que no dependía de él; pero fué donde estaban Tisafernes y Alcibiades, en la ciudad de Magnesia, y les certificó lo que le habían escrito de Samos, denunciando á Frinico para congraciarse con Tisafernes, por su provecho particular, como se sospechaba, y por lo mismo no exigía con apremio la paga de los soldados que dilataba Tisafernes.

Alcibiades tomó la carta de Frinico y la envió á los caudillos que estaban en Samos, requiriéndoles y aconsejándoles que mataran á Frinico.

Avisado éste, y viendo el peligro en que estaba, escribió otra vez á Astioco, quejándose de él por haber descubierto y dado la carta á sus enemigos y proponiéndole otro partido, que era poner en su poder todo el ejército que estaba en Samos, para que matase á todos, dándole medios harto fáciles á causa de que la villa no tenía muro, y se excusaba otra vez con él, diciendo que no por hacer esto ó cosa semejante le habían de tener por malo, pues lo hacía por evitar el peligro en que estaba su vida, persiguiendo á sus mortales enemigos.

Este proyecto hizolo saber también Astioco á Tisafernes y á Alcibiades, por lo cual, avisado Frinico, suponiendo que en seguida enviaría Alcibiades noticias á Samos sobre este asunto, se presentó á los otros capitanes y les dijo como le habían advertido que los enemigos, considerando que la ciudad no tenía muro, y que el puerto era tan pequeño, que apenas cabían en él sus barcos, habían concertado atacar el campamento, por lo cual era de opinión que debían inmediatamente con gran diligencia construir los muros alrededor de la villa; y en lo restante hacer buenas centinelas, y grandes guardias: añadiendo que por la autoridad que tenía sobre ellos, como jefe, les ordenaba á hacerlo así. Y lo hicieron de buena gana, tanto por evitar el peligro que les amenazaba, como también para poder guardar la ciudad, y conservarla en lo porvenir.

Poco después llegaron las cartas de Alcibiades á los otros capitanes de la armada, dándoles aviso de lo que trataba Frinico, y de como les quería entregar á los enemigos, los cuales no tardarían mucho en ir á acometerles. Mas los capitanes y los otros que lo escucharon, dieron á ello poca fe, antes juzgaban que lo que escribía era por enojo, y que calumniaba á Frinico, suponiendo que tenía inteligencia con los enemigos, de cuyos proyectos Alcibiades estaba bien informado, anunciándolos con seguridad de acierto; por esta causa, las cartas de Alcibiades no dañaron á Frinico, antes encubrieron lo que este había escrito á Astioco.

No por eso cesó Alcibiades de persuadir á Tisafernes para que hiciese amistad con los Atenienses, á lo cual con mucha facilidad accedió éste, porque ya le inspiraban temor los Lacedemonios, por ser más poderosos en la mar que los Atenienses.

No cesaba, pues, Alcibiades de ganar autoridad con Tisafernes, para que le diese crédito y fe; y mucho más después que entendió la diferencia que había habido entre los embajadores Lacedemonios en Cnidia, á causa de los artículos de la alianza hecha por Teramenes; di-

ferencia ocurrida antes que los Peloponenses fueran á Rodas.

Aun antes de esto había Alcibiades hablado á Tisaernes de lo que arriba hemos dicho, dándole á entender que los Lacedemonios procuraban poner todas las ciudades Griegas en libertad. Sobrevino después el discurso de Lychas, á los reunidos en Cnidia, donde dijo que no se debía aceptar, ni mantener, ni guardar el artículo del tratado de alianza, en que se decía que el Rey debía ser puesto en posesión de todas las ciudades que él y sus predecesores habían dominado; discurso que confirmaba la opinión de Alcibiades, el cual, como hombre que pretendía grandes cosas, procuraba por todas las vías posibles mostrarse aficionado á Tisaernes.

En este tiempo, los mensajeros enviados con Písan-der por los Atenienses que estaban en Samos, á la ciudad de Atenas, al llegar allí, propusieron al pueblo lo que se les había encargado, tocando sumariamente los puntos más principales, con especialidad el de que, haciendo lo que les demandaban, podrían tener al Rey de su parte, y con su auxilio alcanzar la victoria contra los Peloponenses. Siendo lo que pedían, como antes se dijo, llamar á Alcibiades, y cambiar la forma de gobierno del pueblo, se opusieron los de la ciudad con grande instancia, tanto por la afición que tenían al regimen popular como por la enemistad con Alcibiades, y decían que sería cosa exorbitante restablecer en su primera autoridad al que había violado las leyes, contra el cual los Eumolpides y los Ceryces (1) que pronunciaban las cosas sagradas habían llevado el testimonio de la corruptela y violación de sus ceremonias, y reconociéndose culpado Alcibiades se desterró voluntariamente. Añadían que después los ciudadanos se habían obligado por sus votos y ruegos

---

(1) Dos familias sacerdotales. Los Eumolpides descendían del tracio Eumolpo, que fundó misterios y ritos, y los Ceryces de Ceryx, que se consideraba hijo de Mercurio.

á todas las iras y execraciones de los dioses si le volvían á llamar.

Viendo Pisander la multitud de los que le contradecían iba donde estaba la mayor parte de ellos, tomándoles por las manos á los unos y á los otros, preguntándoles si tenían alguna esperanza de victoria contra los Peloponenses por otra vía, puesto que poseían tan numerosa armada como ellos, y gran número de las ciudades de Grecia en su alianza. Además, el Rey y Tisafernes les proveían de dinero, mientras los Atenenses no lo tenían ya ni podían esperar tenerlo, sino de parte del Rey. Todos á quienes preguntaba le respondían que no veían otro remedio. Entonces él les replicó que esto no se podía hacer si no reformaban el gobierno y estado de la ciudad, y lo entregaban á corto número de hombres buenos, cosa que el Rey deseaba para estar más seguro de la ciudad.

Por estas razones persuasivas de Pisander, el pueblo, que al principio había hallado la mudanza de estado y gobernación cosa extraña, entendiéndolo, por lo que proponía Pisander, que no había otro remedio de salvar el señorío de la ciudad, unos por temor, y otros por esperanza, accedieron á que la gobernación fuese reducida á mando de pocos ciudadanos buenos.

Hízose el decreto por el cual el pueblo dió encargo y comisión á Pisander, en compañía de otros diez ciudadanos, de presentarse á Tisafernes y Alcibiades para hablar y acordar con ellos todo lo tocante á esto en la manera que les pareciese ser más útil para la ciudad.

Por el mismo decreto Frinico, y su compañero Scironide, fueron privados del mando por causa de Pisander, que les acusó. En lugar de ellos fueron elegidos Diomedón y León, enviados á la armada.

La acusación de Pisander contra Frinico consistía en que había entregado y sido traidor á Amorges, y que le parecía no era suficiente para guiar las cosas que se habían de tratar con Alcibiades.

Pisander organizó el régimen y gobierno como estaba

antes que el régimen popular fuese establecido, así tocante á las cosas de justicia como á los que habían de administrarla, é hizo tanto, que el pueblo todo junto consintió en quitar la democracia, que es el régimen popular.

En lo demás proveyó en todo lo que le pareció ser necesario para el estado de las cosas presentes, y se embarcó con sus diez compañeros para buscar á Tisafernes.

## IX.

Derrotados los de Chío en una salida que hicieron contra los sitiadores Atenienses son estrechamente cercados y puestos en grande aprieto.—Las gestiones de Alcibiades para pactar alianza entre Tisafernes y los Atenienses no dan resultado.—Renuévase la alianza entre Tisafernes y los Lacedemonios.

Al tomar el mando de la armada Diomedón y León, la llevaron contra Rodas: y viendo que los buques peloponenses estaban en el puerto, y lo guardaban de manera que no podían entrar, fueron á desembarcar á otro lugar, en el cual salieron sobre ellos los de Rodas, y los rechazaron.

Volvieron á embarcarse y fueron á Calcedón, y de allí, y también de Cos, hacían más ásperamente la guerra á los Rodios, y con mucha facilidad podían ver si algunos barcos peloponenses pasaban por aquellos parajes.

En este tiempo fué el laconio Jenofantidas de Chío á Rodas de parte de Pendarito, diciendo á los Lacedemonios que allí estaban, que la muralla que los Atenienses habían levantado contra la ciudad de Chío estaba ya acabada, y que si toda la armada no iba muy pronto en socorro de la ciudad, se perdería. Oído esto determinaron de común acuerdo ir á socorrerla.

Entretanto Pendarito, y los de Chío salieron sobre las trincheras y fuertes que los Atenienses habían hecho alrededor de sus naves, con tanto ímpetu y vigor que de-

tribaron y rompieron parte de ellas, y cogieron algunos barcos, pero acudiendo los Atenienses en socorro de su gente, los de Chío se pusieron inmediatamente en huída, Pendarito, queriéndolos contener y abandonado de todos los que estaban cerca de él, fué muerto, y gran número de los de Chío con él, cogiendo los Atenienses muchas armaduras.

Con motivo de esta pérdida fué la ciudad mucho más estrechamente cercada que antes, así por mar como por tierra, y juntamente con esto tenía grande necesidad de víveres.

Cuando Pisander y sus compañeros se reunieron con Tisafernes, comenzaron á tratar de la alianza, porque Tisafernes temía más á los Peloponenses que á ellos, y quería (siguiendo el consejo de Alcibiades) que continuara la lucha para debilitar más las fuerzas de los beligerantes.

Tampoco estaba seguro del todo Alcibiades de Tisafernes, y para probarlo propuso condiciones tales que no se pudieran aceptar, lo que á mi parecer deseaba Tisafernes con diversos fines, pues tenía miedo á los Peloponenses, y no osaba buenamente apartarse de ellos.

Alcibiades, viendo que Tisafernes no tenía deseo de convenir la alianza, tampoco quería dar á entender á los Atenienses que carecía de influencia para hacerle condescender, antes deseaba hacerles entender que lo tenía ya ganado, pero que ellos eran la causa de romperse las negociaciones porque le hacían muy cortos ofrecimientos.

Para lograr su objeto les pidió en nombre de Tisafernes, por el cual hablaba en su presencia, cosas tan grandes y tan fuera de razón, que era imposible otorgarlas, á fin de que nada se conviniera. Pedía primeramente, toda la provincia de Jonia con todas las islas adyacentes á ella, y concediéndolo los Atenienses á la tercera junta que tuvieron, por mostrar que tenían mucha autoridad con el Rey, les demandó que permitiesen que éste hiciera barcos á su voluntad, y con ellos fuese á sus tierras con el número de gente y tantas veces cuantas quisiese.

A esta exigencia no quisieron los Atenienses acceder, pero viendo que les pedían cosas intolerables, y considerándose engañados por Alcibiades, partieron con grande enojo y despecho, y se volvieron á Samos.

Tisafernes en este invierno fué otra vez á Cauna, con intención de juntarse de nuevo con los Peloponenses, y hacer alianza con las condiciones que él pudiese, pagándoles el sueldo á su voluntad, á fin de que no fuesen sus enemigos y temiendo que si los Peloponenses se veían obligados á dar batalla por mar á los Atenienses, fuesen vencidos por falta de gente, puesto que la mayor parte no había sido pagada, ó no quisieran combatir, desarmando los barcos, consiguiendo de esta manera los Atenienses lo que deseaban, sin su ayuda, ó porque sospechaba y temía que, por cobrar su paga, los soldados peloponenses robasen y saqueasen las posesiones del Rey que estaban cerca, en tierra firme. Por estas razones, y por conseguir su fin, que era mantener á los beligerantes en igual fuerza, habiendo hecho ir á los Peloponenses, les entregó la paga de la armada y convino el tercer tratado con ellos en esta forma.

«El tercer año del reinado del rey Darío, siendo Alexippidas tribuno del pueblo de Lacedemonia, fué hecho este tratado en el campo de Menandro entre los Lacedemonios y sus aliados de una parte, y Tisafernes, Teramenes, y los hijos de Farnaco de la otra, sobre los negocios que interesan á ambas partes.

»Primeramente que todo lo que pertenece al Rey en Asia, quede por suyo y pueda disponer á su voluntad.

»Que ni los Lacedemonios ni sus aliados entrarán en las tierras del Rey para hacer daño en ellas, ni por consiguiente, el Rey en las tierras de los Lacedemonios y sus aliados. Y si alguno de éstos hiciese lo contrario, los otros se lo prohibirán é impedirán. Lo mismo hará el Rey si alguno de sus súbditos invadiera las tierras de los confederados.

»Que Tisafernes pague el sueldo á las tripulaciones de los buques que están al presente aparejados, esperando

que los del Rey vengan: y entonces los Lacedemonios y sus aliados paguen los suyos á su costa si quisieren, y si tienen por mejor que Tisafernes haga el gasto, estará obligado á prestarles el dinero, que le será devuelto una vez terminada la guerra, por los mismos aliados y confederados.

»Que cuando los barcos del Rey lleguen, se junten con los de los aliados y todos hagan la guerra contra los Atenienses el tiempo que le pareciese bien á Tisafernes y á los Lacedemonios, y á sus confederados. Si creyeran mejor apartarse de la empresa, que lo hagan de común acuerdo y no de otra manera.»

Tales fueron los artículos del tratado, después de lo cual Tisafernes procuró con gran diligencia hacer ir los barcos de Fenicia, y cumplir todas las otras cosas que había prometido.

Casi en el fin del invierno los Beocios tomaron la villa de Orope y con ella la guarnición de Atenienses que estaba dentro, logrando esto con acuerdo de los de la villa, y de algunos Eritrianos, y con esperanza de que después harían rebelar la villa de Eubea, porque estando Orope en tierras de Eritrea que tenían los Atenienses, necesariamente la pérdida de ella había de ocasionar gran daño y perjuicio á la ciudad de Eritrea, y á toda la isla de Eubea.

Después de esto los Eritrianos enviaron mensaje á los Peloponenses que estaban en Rodas, para hacerles ir á Eubea: pero porque el negocio de Chío les parecía más urgente y necesario, por apuro en que la villa estaba, no acudieron á esta empresa y partieron de allí para socorrer á Chío.

Al pasar cerca de Orope vieron los trirremes de los Atenienses que habían partido de Chalce, y que estaban en alta mar, pero por ir á diversos viajes, no acudieron los unos contra los otros, siguiendo cada cual su rumbo, á saber: los Atenienses á Samos, y los Peloponenses á Mileto, pues conocieron muy bien que no podían socorrer á Chío sin batalla.

Entretanto llegó el fin del invierno y el de los veinte años de la guerra que Tucídides ha escrito.

Al comienzo de la primavera el espartano Dercilidas fué enviado con pequeño número de tropas al Helesponto para hacer rebelar la villa de Abidos contra los Atenien-ses, la cual es colonia de Mileto.

Por otra parte, los de Chío, viendo que Astioco tardaba tanto en ir á socorrerles, viéronse obligados á combatir por mar con los Atenien-ses, yendo á las órdenes del espartano Leontes, que eligieron por capitán después de la muerte de Pendarito, en el tiempo en que estaba Astioco en Rodas, á donde fué con Antistenes desde Mileto.

Tenían doce buques extranjeros que fueron en su socorro, cinco de los Turianos, cuatro de los Siracusanos, uno de Anea, otro de Mileto, otro de Leontes, y treinta y seis de los suyos.

Salieron todos los que eran para pelear, y fueron á acometer la armada de los Atenien-ses animosamente, habiendo escogido un lugar muy ventajoso para ellos.

Fué el combate áspero y peligroso de una parte y de otra: en el cual los de Chío no llevaron lo peor, más sobrevino la noche separándolos y volvieron los Chienos dentro de la villa.

En este tiempo cuando Dercilidas llegó á Helesponto, la villa de Abidos se le rindió y la entregó á Farnabazo.

Dos días después la ciudad de Lamsaca hizo lo mismo, de lo cual advertido Strombiquides, que estaba delante de Chío, fué de súbito con veinticuatro naves atenienses para socorrer y guardar aquél paraje: entre estos barcos había algunos contruidos para transporte de tropas, en los que iban hombres de armas.

Llegado á Lampsaca, y habiendo vencido á los habitantes que salieron contra él, tomó en seguida la villa por no estar amurallada, y después de haber restablecido á los hombres libres fué á Abidos. Mas viendo que no tenía esperanza de tomarla ni aprestos para cercarla, se dirigió desde allí á la ciudad de Sestos, situada en la tie-

rra del Quersoneso, enfrente de Abidos, la cual los Medos habían poseído algún tiempo, y en ella puso numerosa guarnición para defensa de toda la tierra de Helesponto.

Por causa de la partida de Strombiquides, los de Chío se hallaron más dueños de la mar con los Milesianos, y sabiendo Astioco el combate naval que estos de Chío habían librado contra los Atenienses, y el viaje de Strombiquides, mostróse tan animado y seguro, que fué con sólo dos naves á Chío, donde tomó todas las que halló, llevándolas consigo. De allí se dirigió á Samos, y viendo que los enemigos no querían salir á combatir, porque no se fiaban mucho los unos de los otros, volvió á Mileto.

## X.

Gran división entre los Atenienses lo mismo en Atenas que fuera de ella y en la armada que estaba en Samos por el cambio de gobierno de su república, que les causó gran daño y pérdida.

Las cuestiones entre los Atenienses empezaron entonces por el cambio de gobierno en la ciudad que privó del mando al pueblo, dándolo á cierto número de hombres buenos.

Cuando Pisander y sus compañeros volvieron á Samos, pusieron el ejército que allí estaba á sus órdenes, y muchos de los Samianos amonestaban á los más principales de la villa para que tomasen la gobernación de ella en su nombre, pero muchos otros querían mantener el estado y mando popular, por lo cual sobrevinieron grandes divisiones y escándalos entre ellos.

También los Atenienses que estaban en el ejército, habiendo consultado el negocio entre ellos, y viendo que Alcibiades no tomaba la cosa á pecho, determinaron dejarle y que no le volvieran á llamar, porque les parecía que cuando fuera á la ciudad no sería suficiente, ni bastante para tratar los negocios bajo el régimen de la aris-

tocracia, que es gobernación de pocos buenos, antes era cosa conveniente que los que estaban allí, puesto que de su estado se trataba, dijeran la manera cómo se había de guiar este negocio, especialmente como se proveería sobre el hecho de la guerra.

Para esto cada cual, liberalmente, se ofrecía á contribuir con su propio dinero y con otras cosas necesarias, conociendo que ya no trabajaban por el común provecho sino por el interés particular.

Por esta causa enviaron á Pisander, y la mitad de los embajadores que habían negociado Tisafernes, á Atenas, para ordenar allí en los negocios, y les dieron comisión de que por todas las ciudades por donde pasasen de las que obedecían á los Atenienses, pusiesen el gobierno de la aristocracia, que es el de poco número de los mejores y principales.

La otra mitad de los embajadores se esparció, y fueron cada uno á diversos lugares para hacer lo mismo.

Ordenaron á Diotrefis, que estaba entonces en el cerco de Chío, fuese á la provincia de Tracia, que le había sido dada para ser gobernador de ella.

Partió éste del cerco, y al pasar por Tasos quitó la democracia; es decir, el régimen popular, y entregó la gobernación á pocos hombres buenos; pero cuando se ausentó de la ciudad, la mayor parte de los Tasiános, habiendo cercado su villa de muros, poco más de un mes después de la partida de Diotrefis, se persuadieron unos á otros, diciendo que no tenían necesidad de gobernarse por el mando de los que los Atenienses les habían enviado, ni de vivir sometidos á lo que éstos ordenaran, antes esperaban que dentro de muy poco tiempo volverían á su pristina libertad con el favor de los Lacedemonios, porque los ciudadanos que habían sido desterrados de su ciudad, se refugiaron en Lacedemonia, y procuraban con todo su poder que enviasen los Lacedemonios sus barcos de guerra y que la villa se rebelase.

Sucedíoles de la misma manera que lo tenían previsto y deseado, la ciudad sin daño alguno fué puesta en su

libertad, y la gente popular que les había sido contraria, fué sin escándalo privada del gobierno.

A los que eran del partilo de los Atenienses, á quienes Diotrefis había dado la gobernación, ocurrió todo lo contrario de lo que pensaban.

Lo mismo sucedió en muchas otras ciudades sujetas á los Atenienses, considerando, á mi parecer, que ya no había para qué tener miedo de los Atenienses, y que aquella manera de vivir bajo su obediencia, so color de buena policía, no era á la verdad sino una servidumbre encubierta, dando á entender que la verdadera libertad consistía en el régimen democrático.

Cuanto á lo de Pisander y sus compañeros que habían ido con él, pusieron la gobernación de las ciudades por donde pasaron, en mano de pocos buenos á su voluntad, y de algunas tomaron hombres de armas que llevaron con ellos á Atenas, donde hallaron que sus cómplices y amigos habían procurado y aún hecho muchas cosas conformes á su intención para quitar el estado popular.

Un tal Androcles, que tenía grande autoridad en el pueblo, y había sido de los primeros en pedir la expulsión de Alcibiades, fué muerto por conspiración secreta de algunos mancebos de la ciudad, y por dos causas; la primera por su grande influencia en el pueblo; y la segunda, por ganar y alcanzar gracia y amistad con Alcibiades; pues pensaban que sería restituído en su autoridad, esperando que traería á Tisafernes al bando ateniense.

Con iguales fines y de la misma manera hicieron matar á algunos que les parecía ser contrarios á este negocio.

También hicieron entender al pueblo con arengas y discursos elocuentes que por ninguna vía se había de dar sueldo sino á los que servían en la guerra, y que, en la gobernación de los negocios comunes, no habían de entender más de quinientos hombres, y éstos de los que eran poderosos para servir en las cosas públicas con sus personas y bienes.

Al mayor número parecía muy honrosa esta mudanza, y aun los mismos que habían sido causa de restablecer en su ser y estado el gobierno popular, esperaban aún por este cambio tener autoridad, porque aún quedaba la costumbre antigua de juntarse el pueblo y el Senado del haba en todos los negocios (1), y de oír la opinión de todos, y de seguir la mejor y más autorizada; pero ninguna se podía proponer sin la deliberación del pequeño consejo que ejercería la autoridad. En este consejo consultaban aparte todo lo que se debía proponer, conforme á sus intentos; y cuando exponía su opinión ninguno osaba contradecirla por el temor que tenían, viendo el grande número y autoridad de los gobernadores.

Cuando alguno les contradecía, buscaban manera para matarle, y no se perseguía ni encausaba á los homicidas, por lo cual el pueblo estaba en tanto peligro y tenía tanto miedo, que ninguno osaba hablar, y á todos les parecía que ganaban mucho callando, si no recibían otra incomodidad ó violencia.

Tanto mayor era su tribulación cuanto que imaginaban ser más grande el número de los comprometidos en la conspiración de los que en realidad había, porque huían de saber cuáles eran los conjurados y cómplices de esta secta por lo difícil de conocerse todos en una población numerosa, y también porque unos no sabían la intención de otros, y no osaban quejarse uno á otro, ni descubrir su secreto, ni tratar de vengarse secretamente.

La sospecha y desconfianza era, pues, tan grande en el pueblo, que no osaban confiarse á sus conocidos y amigos, dudando que fuesen de la conspiración, porque había en ella hombres de quienes jamás se creyera. Por

---

(1) El Senado ó Consejo de los quinientos, que se llamaba también el alto Senado, nombrábanle Senado del haba, porque los miembros de este Consejo eran elegidos con habas. Los nombres de los candidatos se depositaban en una urna, y las habas negras y blancas en otra. A medida que se sacaba un nombre se sacaba también una haba, y aquel cuyo nombre salía al mismo tiempo que una haba blanca era senador.

esta razón no se sabía de quién fiarse en el pueblo, y la mayor seguridad de los conjurados consistía principalmente en esta general desconfianza.

Llegando, pues, Pisander y sus compañeros en esta época de turbación, acabaron muy á su placer y en poco tiempo su empresa. Primeramente les hicieron consentir que se eligiesen diez secretarios, los cuales tuviesen plena autoridad para manifestar al pueblo lo que acordaran poner en consulta por el bien de la ciudad en un día determinado. Llegado el día, y reunido el pueblo en un campo, donde estaba edificado el templo de Neptuno, á diez estadios de la ciudad, no propusieron otra cosa los dichos decemviros sino que era muy necesario respetar la libre opinión de los Atenienses donde quiera que la expusieran, y que cualquiera que impidiese, injuriase ó estorbase esta libertad, sería con todo rigor castigado.

Después fué pronunciado el siguiente decreto:

Que todos los magistrados de nombramiento popular fuesen quitados, no pagándoles sus sueldos, y que se eligiesen cinco presidentes, los cuales nombrarían después cien hombres, y cada uno de ellos escogería otros tres que serían, en suma, cuatrocientos; los cuales, cuando se reunieran en consejo ó ayuntamiento, tendrían amplia y cumplida autoridad de ordenar y ejecutar lo que viesen que era para el bien y provecho de la república, Además reunirían los cinco mil ciudadanos cuando bien les pareciese.

Este decreto lo pronunció Pisander, el cual así en esto como en las otras cosas, hacía de buena gana todo lo que entendía que aprovechaba á suprimir y abrogar el gobierno popular. Pero el decreto había sido mucho tiempo antes imaginado y consultado por Antifon, persona de gran crédito, pues no había en aquel tiempo ninguna otra en la ciudad que le excediese en virtud, y que además era muy avisado y prudente para hallar y aconsejar expedientes en los negocios comunes. Junto con esto tenía mucha gracia y elocuencia en decir y pro-

poner, y con todo ello jamás iba á la junta del pueblo, ni á otra congregación contenciosa si no le llamaban. Por eso el pueblo no tenía de él sospecha, estimándole á pesar de la eficacia y elegancia de sus palabras, hasta el punto de que no queriendo entremeterse en los negocios, cualquier hombre que tuviese necesidad de él, ora fuese en materia judicial, ó con la asamblea del pueblo, se tenía por dichoso y muy favorecido si podía contar con su consejo y defensa.

Cuando el régimen de los cuatrocientos fué quitado, y se procedió contra los que habían sido principales autores, siendo acusado como los demás, defendió su causa, y respondió á mi parecer mejor que nunca lo hizo hombre alguno, de que yo me acuerde.

A este régimen popular se mostraba también muy favorable Frinico por el miedo que tenía á Alcibiades, que había sabido todo lo que él trató con Astioco, estando en Samos, y le parecía que no volvería á Atenas en tanto que la gobernación de los cuatrocientos durase; Frinico era estimado por hombre constante y esforzado en las grandes adversidades, porque habían visto por experiencia que nunca se mostró falto de esfuerzo y corazón.

También Teramenes, hijo de Agnon, fué de los principales en acabar con el régimen popular; y era hombre asaz suficiente, así en palabras como en hechos.

Estando, pues, la obra dirigida por tan gran número de gentes de entendimiento y autoridad, no es de maravillar que fuese llevada á cabo, aunque por otra parte pareciese, y fuese á la verdad cosa muy difícil privar al pueblo de Atenas de la libertad que había tenido, en la cual había estado casi cien años, después que los tiranos fueron expulsados (1).

Y no tan solamente había estado fuera de la sujeción

---

(1) Hacía noventa y ocho años de la expulsión de Hippias, el tercer año de la sesenta y siete Olimpiada, quinientos diez años antes de la era vulgar.

de cualquier otro pueblo extranjero, sino que aun más de la mitad de este tiempo había dominado á otros pueblos.

Estando la junta del pueblo disuelta, después que aprobó este decreto, los cuatrocientos gobernadores fueron introducidos en el Senado de esta manera.

Los Atenienses, por hallarse los enemigos situados en Decelea, estaban de continuo en armas, unos en la guarda de las murallas, y otros en la de las puertas, y otros lugares, según donde les destinaban. Cuando llegó el día señalado, para realizar el acto, dejaron ir á su casa, como era de costumbre, á los que no estaban en la conjuración, y á los que estaban en ella, se les ordenó que quedasen, mas no en el lugar donde hacían la centinela, y donde tenían sus armas, sino en otra parte cercana, y que si viesen que alguno quería impedir ó estorbar lo que se hiciese, lo resistieran con sus armas si necesario fuese.

Los que recibieron orden para esto, eran los Andrianos, los Tenianos, trescientos de los Caristianos y los de la ciudad de Egineta, que los Atenienses habían hecho habitar allí.

Arregladas así las cosas, los cuatrocientos elegidos para la gobernación, trayendo cada uno de ellos una daga escondida debajo de sus hábitos, y con ellos ciento veinte mancebos para ayudarles y hacerse fuertes si fuese menester, entraron todos juntos dentro del palacio donde se reunia el Senado ó el Consejo; cercaron á los senadores que estaban en Consejo, los cuales, según costumbre, daban sus votos con habas blancas y negras, y les dijeron que tomasen sus pagas por el tiempo que habían servido en aquel oficio, y se fuesen; cuyas pagas llevaban los cuatrocientos; y conforme salían de la Cámara del Consejo, les daban á cada uno lo que se le debía.

De esta manera se fueron del tribunal sin hacer resistencia alguna, y sin que el público que quedaba allí, se moviese.

Entonces los cuatrocientos entraron y eligieron entre ellos tesoreros y receptores; y hecho esto, sacrificaron solemnemente por la creación de los nuevos oficiales.

De tal manera fué totalmente mudado el régimen popular, y revocado gran parte de lo que había sido hecho el tiempo que duró, excepto no llamar á los desterrados por encontrarse en el número de ellos Alcibiades.

En lo demás, los nuevos gobernadores hacían todas las cosas á su voluntad, y entre otras, mataron á algunos ciudadanos, no muchos, porque les estorbaban y juzgaban prudente deshacerse de ellos; á algunos otros metieron en prisión, y á otros los desterraron.

Hecho esto, enviaron á Agis, rey de los Lacedemonios, que estaba en Decelea, un mensajero, dándole aviso de que querían reconciliarse con los Lacedemonios y haciéndoles entender que podría tener más seguridad y confianza en ellos que en el pueblo variable é inconstante. Mas pensando Agis que la ciudad no podía estar sin gran alboroto, y que el pueblo no era tan sumiso que se dejase quitar fácilmente su autoridad, y más si viese algún grande ejército de Lacedemonios delante de la ciudad; teniendo además en cuenta que el gobierno de los cuatrocientos no era tan sólido y fuerte que se pudiese consolidar, no les dió respuesta alguna tocante á su petición, antes hizo juntar en pocos días gran número de gente de guerra en tierra del Peloponeso; y con ellos y los que tenía en Decelea avanzó hasta los muros de la ciudad de Atenas, esperando que se rendirían á su voluntad, así por la discordia que había entre ellos, dentro y fuera de la ciudad, como por el miedo, viendo tan gran poder á sus puertas; y si no lo quisiesen hacer, le parecía que fácilmente podría tomar los grandes muros por fuerza, por estar muy apartados y ser difícil su guarda y defensa.

Pero no se realizó lo que pensaba, porque los Atenienses no promovieron tumulto ni movimiento entre ellos, antes hicieron salir su gente de á caballo, y parte de los de á pie, bien armados y á la ligera, los cuales

rechazaron inmediatamente á los que se habían acercado más á los muros, y mataron muchos, cuyos despojos llevaron á la ciudad.

Viendo Agis que su empresa no había salido bien, volvió á Decelea; y pasados algunos días, mandó volver los soldados extranjeros que había hecho venir para esta empresa, y detuvo los que tenía primero.

No obstante todo lo pasado, los cuatrocientos le enviaron otra vez comisionados para ajustar un convenio, y les dió buena respuesta; de tal manera, que les persuadió para que enviasen embajadores á Lacedemonia á fin de tratar de la paz conforme deseaban.

Por otra parte enviaron diez ciudadanos de su bando á los que estaban en Samos, para darles á entender en contestación á otros muchos cargos que éstos hacían, que lo que había sido hecho al mudar el estado popular, no era en perjuicio de la ciudad, sino para la salud de ella; y que la autoridad no estaba en las manos de los cuatrocientos solamente, sino también en la de cinco mil ciudadanos, y, por consiguiente, como antes, en manos del pueblo, pues nunca en ningún negocio que hubiese sido tratado en la ciudad así doméstico, y dentro de la misma tierra, como fuera, se había reunido para ello número tan grande como el de cinco mil hombres (1).

Esta embajada la enviaron los cuatrocientos á Samos desde el principio, dudando que los que estaban allá de la armada no quisieran tener por agradable esta mudanza, ni obedecer á su gobernación; y que el daño y la discordia comenzase allá, siguiendo después en la ciudad como sucedió, porque cuando se hizo este cambio en Atenas, se había levantado cierto alboroto ó sedición en la ciudad de Samos por la misma causa y de esta manera.

---

(1) Los Atenienses, muy adictos á la democracia, eran, sin embargo, perezosos para acudir á las asambleas. Por ello, aunque la república contaba más de veinte mil ciudadanos, dice Tucídides que jamás se habían reunido en número de cinco mil. Esta indolencia favorecía á los intrigantes, llamados demagogos, agitadores del pueblo.

Algunos samianos, partidarios del gobierno democrático que había entonces en la ciudad, por defenderlo, se sublevaron, y puestos en armas contra los principales de la ciudad que querían usurpar la gobernación, habían después mudado de opinión por persuasión de Pisander cuando llegó allí, y de los otros sus secuaces y cómplices atenienses que allí se hallaron, y queriendo derrocar este régimen popular se habían juntado hasta cuatrocientos, todos determinados á abolirlo y á echar á los que ejercían el mando, pretendiendo ser ellos, y representar á todo el pueblo. Mataron al principio un mal hombre y de mala vida ateniense, llamado Hiperbolo, el cual había sido desterrado de Atenas, no por sospecha ni miedo de su poder, ni de su autoridad, sino por delito, y porque deshonraba á la ciudad (1). Hicieron esto á excitación de un capitán de los atenienses llamado Carmino, y de algunos otros Atenienses que estaban en su compañía, por consejo de los cuales se gobernaban, y deliberaron proceder más adelante en favor de la oligarquía.

Los ciudadanos, partidarios del gobierno democrático descubrieron esta conjuración, principalmente á algunos capitanes que estaban al mando de Diomedón y de León, generales de los Atenienses, muy estimados y honrados por el pueblo, y opuestos á que la autoridad pasara á manos de una oligarquía.

También la descubrieron á Trasibulo y á Trasilo, capitán aquél de un trirreme, y éste de la gente de tierra que había en él; y también á los hombres de guerra que conocían como partidarios del estado popular, rogándoles y requiriéndoles que no los quisiese dejar maltratar

---

(1) El decreto de ostracismo ó de destierro no infamaba al desterrado. Dictábase para alejar del territorio de la república á los hombres que por la fama de sus virtudes ó de su talento podían perjudicar á la igualdad democrática y ejercer sobre sus conciudadanos una superioridad peligrosa. Cuando el despreciable Hiperbolo fué condenado á ostracismo, el ostracismo se envileció y cayó en desuso.

por los conjurados que habían jurado su muerte, ni tampoco desamparasen en tal negocio á la ciudad de Samos, la cual perdería la buena voluntad que tenía á los Atenienses si los conjurados lograba mudar la forma de gobernarse que había tenido hasta entonces.

Hechas estas declaraciones á los caudillos y capitanes, hablaron particularmente á los soldados, persuadiéndoles para que no permitiesen que la conjuración tuviera efecto. Primeramente trataron con la compañía de los Atenienses que tripulaban el buque *Paralos*, que eran todos hombres libres y opuestos siempre á la oligarquía, aun antes de que se tratara de establecerla, estando en buena reputación con Diomedón y León, de tal manera, que cuando éstos hacían algún viaje por mar, les daban de buena voluntad el cargo y la guarda de algunos triremes.

Reuniéndose, pues, todos estos con los de la villa que eran del partido democrático, dispersaron á los trescientos conjurados que se habían alzado, de los cuales mataron treinta, y de los principales autores desterraron á tres, perdonando á los otros, y restableciendo el estado popular desde entonces en su primera autoridad.

Ejecutado esto, los Samianos y los soldados atenienses que estaban allí, enviaron inmediatamente el trirreme *Paralos*, y al capitán del mismo, llamado Quereas, hijo de Arquelasteo, que les había ayudado en este negocio, para advertir á los Atenienses lo que se había hecho allí, no sabiendo aún que la gobernación de la ciudad de Atenas se encontraba ya en manos de los cuatrocientos, quienes al saber la llegada de aquel barco hicieron prender á dos ó tres de sus tripulantes, y á los demás les metieron en otros barcos, enviándoles á ciertos lugares de Eubea, de donde no podrían escapar. Quereas, sabiendo á tiempo lo que querían hacer, se escondió y se salvó. Después volvió á Samos, y contó á los que estaban allí todo lo ocurrido en Atenas, dándoles á entender ser las cosas mucho más graves de lo que eran.

Dijoles Quereas que á todos los hombres partidarios del pueblo los maltrataban y ultrajaban sin que hubiese persona que osase abrir la boca contra los gobernadores; que no ultrajaban solamente á los hombres, sino también las mujeres y niños, y que además estaban resueltos á hacer lo mismo con cuantos había en el armada de Samos que discrepasen de su voluntad, tomando sus hijos, mujeres y parientes próximos, y haciéndoles morir si éstos no cedían á su voluntad.

Muchas otras cosas les dijo Quereas, que eran falsedades; pero, al oírlas los soldados, fueron tan despechados é inflamados de ira, que opinaron matar, no solamente á los que habían hecho el cambio de régimen en Samos, sino también á todos los que lo habían consentido; pero poniéndoles algunos de manifiesto, con objeto de apaciguarles, que, haciendo esto, pondrían la ciudad en gran peligro de caer en manos de los enemigos, que eran muy numerosos sobre el mar, y querían acometerles, dejaron de realizarlo.

No obstante todo esto, queriendo establecer abiertamente el estado popular en la ciudad, Trasibulo y Trasilo, que eran los caudillos y principales autores de esta empresa, obligaron á todos los Atenienses que estaban en el armada, y asimismo á los que desempeñaban el gobierno oligárquico, á ayudar con todo su poder á la defensa del régimen popular, y á seguir tocante á esto lo que aquellos capitanes determinasen, y al mismo tiempo defender la ciudad de Samos contra los Peloponenses, tener á los cuatrocientos nuevos gobernadores de Atenas por enemigos, y no hacer ningún tratado ni tregua con ellos.

El mismo juramento hicieron todos los samianos que estaban en edad para llevar armas, á los cuales los hombres de armas juraron también vivir y morir con ellos en una misma fortuna, teniendo por cierto que no había esperanza de salud, ni para ellos ni para los de la ciudad, antes se tenían todos por perdidos si el estado de los cuatrocientos continuaba en Atenas, ó si los Pe-

loponenses tomaban la ciudad de Samos por fuerza.

En estos debates perdieron mucho tiempo, queriendo los soldados Atenienses que estaban en el ejército de Samos restablecer en Atenas el régimen popular, y los que tenían el gobierno en Atenas obligar á los de Samos á que hiciesen lo mismo que ellos.

Siendo todos los soldados de la misma opinión sobre esta materia, destituyeron á los capitanes y á otros que ejercían cargo en el armada, y eran sospechosos de favorecer el estado de los cuatrocientos, y en su lugar pusieron otros.

De este número fueron Trasibulo y Trasilo, los cuales exhortaban uno en pos de otro á los soldados á ser constantes en este propósito, por muchas razones que les mostraron, aunque la ciudad de Atenas hubiese condescendido en la gobernación de los cuatrocientos.

Entre otras cosas, les decíanque ellos que estaban en el ejército eran en mayor número que los que se habían quedado en la ciudad, y tenían más abundancia y facultad de todas las cosas que éstos. Por tanto, que teniendo los barcos en sus manos, y toda la armada de mar, podían obligar á todas las ciudades súbditas y confederadas á contribuir con dinero. Y si los echasen de Atenas, tenían aquella ciudad de Samos, que no era pequeña, ni de escaso poder, mientras que quitadas á la ciudad de Atenas las fuerras de la mar, en las cuales pretendía exceder á todas las otras, ellos eran harto poderosos para rechazar á los Peloponenses sus enemigos, si les fueran á acometer á Samos, como lo habían hecho otra vez.

Y aun para resistir á los que estaban en Atenas, por que teniendo los barcos en sus manos, por medio de ellos podrían adquirir provisiones en abundancia, mientras los de Atenas carecerían de ellas, pues las que habían tenido hasta entonces, que llevaban y desembarcaban en el puerto de Pireo, debíanlas á la ayuda de la armada que estaba en Samos, de la que no podrían valerse en adelante si rehusaban restablecer el gobierno

de la ciudad en manos del pueblo. Además, los que estaban allí podrían estorbar mejor el uso de la mar á los que estaban en la ciudad de Atenas, que no los de la ciudad á ellos. Lo que la ciudad podía dar de sí misma para resistir á los enemigos era la menor parte que se esperaba tener, y perdiendo esto no perdían nada, puesto que no había más dinero en la ciudad que les pudiesen enviar, viéndose obligados los soldados á servir á su costa.

No tenían en lo demás los de Atenas buen consejo, que es la única cosa que obliga á guardarle obediencia á los ejércitos que están fuera; antes habían grandemente errado, violando y corrompiendo sus leyes antiguas; mientras ellos que estaban en Samos las querían conservar, y obligar á los otros á guardarlas, porque no era de creer que los que entre ellos habían sido autores de mejor consejo y opinión en este asunto que los de la ciudad, fuesen en otros negocios menos avisados.

Por otra parte, si ellos querían ofrecer á Alcibiades la restitución de su estado y llamarle, él haría de buena voluntad la alianza y amistad entre ellos y el Rey. Y aun cuando todos los recursos faltasen, teniendo tan grande armada podrían ir á cualquier parte donde les pareciese y hallasen ciudades, y ocupar tierras para habitar.

Con estas razones y persuasiones se exhortaban los unos á los otros, y no cesaban de preparar con toda diligencia las cosas pertenecientes á la guerra.

Entendiendo los diez embajadores enviados allí por los cuatrocientos, que todas las cosas se habían divulgado entre el pueblo, callaron, y no dieron cuenta del encargo que llevaban.

## XI.

Sospechan de Tisafernes los Peloponenses, porque no les daba el socorro que les había prometido, y porque Alcibiades había sido llamado por los Atenienses de la armada, ejerciendo la mayor autoridad entre ellos, que empleaban en bien y provecho de su patria.

Los marinos peloponenses que estaban en Mileto murmuraban públicamente contra Astioco y contra Tisafernes, diciendo que lo echaban todo á perder, Astioco, porque no había querido combatir con su armada estando debilitada en fuerzas la de los contrarios, y además cuando tenían gran disensión entre sí, y sus barcos estaban diseminados en muchas partes no les quería acometer, antes malgastaba el tiempo con pretexto de esperar las naves que habían de ir de Fenicia, entreteniéndoles con palabras, y queriendo de esta manera arruinales con grandes gastos.

Añadían á esto que no pagaba por completo ni de continuo á la armada, perdiendo con ello su crédito.

Decían, pues, que no eran necesarias más dilaciones, sino ir á acometer á los Atenienses, lo cual apoyaban los Siracusanos con la mayor instancia.

Advertido Astioco, y los caudillos que estaban allí por las ciudades confederadas, de estas murmuraciones, determinaron combatir, sabiendo además que ya había gran revuelta en Samos. Reunieron todos los buques que tenían, que resultáronles ciento veinte, y dos en Micale: y de allí avisaron y mandaron llamar á los que estaban en Mileto, ordenándoles que marchasen por tierra. Los barcos de los Atenienses eran ochenta y dos que habían ido de Samos á la playa de Glaucie en tierra de Micale.

Téngase en cuenta que Samos está un poco lejos del continente por la parte de Micale.

Al ver los barcos de los Peloponenses venir contra ellos, se retiraron á Samos, porque les parecía no ser bastante poderosos para aventurar una batalla, de la cual dependería toda su fortuna, y porque tenían entendido que los enemigos iban con grande voluntad de combatir.

Además esperaban á Strombiquides, que estaba en el Helesponto, y había de ir allí con las naves que había traído de Chío á Abidos; cosa que mandaron hacer desde que se retiraron á Samos, y los Peloponenses vinieron á Micale.

En este punto establecieron aquel día su campo, así con las gentes que habían sacado de los barcos, como con los procedentes de Mileto, y también con gentes de la tierra.

Al día siguiente, de mañana, habían determinado ir en busca de sus enemigos á Samos, pero avisados de la llegada de Strombiquides se volvieron á Mileto.

Los Atenienses deliberaron sobre ir á presentarles la batalla en dicho punto, después de reforzados con los buques que llevaba Strombiquides, porque se reunieron entre todos ciento ocho, y así lo acordaron.

Después de su partida, los Peloponenses, aun con tan hermosa y fuerte armada, no se tenían por bastantes para combatir con los enemigos; y no sabían, por lo demás, cómo podrían sustentar las tripulaciones, viendo que Tisafernes no pagaba bien; por lo cual enviaron á Clearco, hijo de Ramfio, capitán de cuarenta naves, para que lo notificara á Farnabazo, atendiéndose á lo que les había sido mandado en el Peloponeso; y porque Farnabazo les prometió pagar la armada.

Por otra parte, entendían que si iban á Bizancio, la ciudad se rebelaría en su favor, por lo cual se puso Clearco á la vela con sus cuarenta buques, saliendo á alta mar para no ser descubierto de sus enemigos, pero le sorprendió una gran tormenta, de tal manera, que sus buques fueron dispersados, parte de ellos, que seguían á Clearco, llegaron á Delos, y los otros se volvieron á

Mileto y después se reunieron con Clearco, que fué por tierra al Helesponto.

Pero diez naves que habían llegado antes al Helesponto, hicieron sublevar la ciudad á su voluntad.

Siendo después avisados los Atenienses que estaban en Samos; enviaron un número de buques para guardar el Helesponto, los cuales libraron una pequeña batalla delante de Bizancio, á saber; ocho naves de ellos contra otras tantas de los Peloponenses.

Entretanto, los que eran caudillos de la armada de los Atenienses, principalmente Trasibulo, el cual había siempre sido de parecer que debían llamar á Alcibiades; aun después que el régimen de Atenas fué mudado, en parte por intrigas de éste; continuaba más firme en dicho propósito y lo mostró por tal manera y persuadió de tal suerte á los soldados que allí estaban, para que acordasen todos la vuelta de Alcibiades, que fué el decreto concluído y escrito, perdonando á Alcibiades, y llamándole á la ciudad.

Publicado este decreto, Trasibulo fué á donde estaba Tisaernes, y llevó á Alcibiades, que se encontraba con éste, á Samos, esperando por su medio atraer á Tisaernes á la amistad de los Atenienses.

Estando Alcibiades en Samos, hizo juntar el pueblo, y expuso ante él las grandes pérdidas y daños que había sufrido en su destierro. Después habló muy animosamente de los negocios de la república, de suerte que les infundió grande esperanza de recobrar el antiguo poder, encareciéndoles en gran manera la influencia que tenía con Tisaernes, á fin de que los que ejercían autoridad y mando en Atenas tuviesen temor de él, y por esta vía sus conjuraciones é inteligencias se deshicieran y amenguasen. También lo hizo para ganar con los que estaban en Samos autoridad y prestigio, y para que, aumentando su reputación, á los enemigos les inspirara más desconfianza Tisaernes, y perdieran la esperanza de que les ayudase.

Decía á los Atenienses que estaban en Samos, que

Tisafernes le había prometido dar el sueldo de los soldados, aunque hubiera de vender cuanto tuviese, si podía tener seguridad de ellos hasta el fin de la guerra, y que haría ir en su socorro los barcos fenicios que ya estaban en Aspenda, en lugar de enviarlos á los Peloponenses. Añadía que para tener seguridad de ellos no les demandaba, sino que recibiesen á Alcibiades.

Habiéndose expresado en tales ó semejantes palabras, los capitanes y soldados le pusieron en el número de los caudillos de la armada, y le dieron autoridad para mandar y ordenar en todas las cosas: y en efecto, adquirieron tan grande confianza y esperanza en él, que ya no dudaban de su salvación, ni de la caída de los cuatrocientos: estando todos dispuestos desde entonces, bajo de la confianza de lo que les había dicho, á ir á Pireo, sin cuidarse de los enemigos que encontraban tan cerca de allí. Muchos pedían esto con grande instancia, pero no lo quiso consentir Alcibiades, diciendo que no era cosa conveniente, teniendo próximos los enemigos, ir á Pireo, y que pues le habían dado la dirección de la guerra, y elegido por caudillo, proveería con Tisafernes en todo: volvió, al partir de esta junta, á donde Tisafernes se encontraba para mostrarles que quería consultar todas las cosas con él; y al mismo Tisafernes dió á entender que tenía grande autoridad entre los Atenienenses, y que era su caudillo, para que fuese más estimado de él y entendiese por esta vía que le podría ayudar ó perjudicar. Y sucedió, en efecto, lo que pretendía, porque, por el favor con Tisafernes, fué después muy temido de los Atenienenses; y del mismo Tisafernes por el temor que á éstos tenía.

Cuando los Peloponenses que estaban en Mileto supieron el llamamiento de Alcibiades, teniendo ya grande sospecha, comenzaron á hablar mal de Tisafernes públicamente. Y á la verdad, porque rehusaron de ir contra la armada que les presentó la batalla frente á Mileto, se había enfriado Tisafernes para pagar el sueldo á la armada; juntamente con esto Alcibiades trabajaba de tiempo atrás por hacerle quedar mal con los Peloponenses.

Esparcido este rumor entonces, los soldados que estaban en Mileto comenzaron á juntarse por escuadras, como habían hecho antes, y á producir grande alboroto, de tal manera, que algunos de entre ellos, hombres de autoridad, diciendo que nunca habían cobrado la paga entera, y que la poca que les daban nunca había sido de continuo, amenazaban, si no los llevaban á alguna parte para combatir ó para arriesgar la vida, con dejar los buques. De todo esto culpaban á Astioco, que, por su particular provecho, había querido complacer á Tisafernes.

A esta murmuración y motín siguió una gran perturbación contra Astioco; porque los marineros de los Siracusanos y de los Turianos, estando menos sujetos que los otros, hicieron mayor instancia y con palabras más sueltas, para que les dieran su paga, á los cuales Astioco dió alguna áspera respuesta y queriendo Hermócrates tomar la voz por su gente y sustentar su querella, alzó un palo que tenía para darle.

Al ver esto los marineros y soldados siracusanos, corrieron con gran ímpetu contra Astioco, el cual se libró de ellos metiéndose en un templo cercano, y de esta manera se salvó. Después, al salir de allí, le prendieron.

Además de esto los Milesianos atacaron un castillo ó baluarte que Tisafernes había hecho allí, el cual tomaron echando á las gentes que él había puesto de guarda, cosa que fué muy agradable á los otros aliados, y también á los Siracusanos.

A Lichas le pesó, diciendo que los Milesianos y los otros que estaban bajo el mando del rey, debían obedecer y complacer á Tisafernes en las cosas que eran razonables, hasta que los negocios de la guerra estuvieran en mejor orden. Por esta opinión y por otras muchas pruebas semejantes, los Milesianos concibieron tan grande indignación contra él, que habiendo después muerto de enfermedad, no quisieron consentir que su cuerpo fuese enterrado en el lugar que los Lacedemonios, que allí estaban, habían ordenado.

Durante estas alteraciones, y estando en tales diferencias las gentes de armas, Tisafernes y Astioco, llegó á Mileto Mindaro, nombrado general de la armada por los Lacedemonios en lugar de Astioco, quien, después que dejó su cargo á Mindaro, volvió á Lacedemonia; y con él envió Tisafernes, por embajador, uno de sus familiares natural de Caria, llamado Gaulitos, que sabía bien hablar las dos lenguas griega y persa, así para quejarse del ultraje que los Milesianos habían hecho á él y á su gente, como también para excusarse de lo que él sabía que le acusaban, habiendo enviado mensajeros á Lacedemonia sobre esto, con los cuales fué Hermócrates. Este afirmaba que Tisafernes y Alcibiades estaban de acuerdo para destruir el poder de los Peloponenses, porque tenía de mucho tiempo atrás grande enemistad con Tisafernes, á causa de la paga, y también porque, al llegar á Mileto los otros tres caudillos de los buques siracusanos á saber, Potamis, Miscon y Demarco, Tisafernes le había hecho cargos en presencia de ellos y en malos términos de muchas cosas, y, entre otras, la de que el rencor que tenía contra él era porque no quiso darle cierta suma de dinero que le había pedido.

Por esta causa se fueron Astioco y los mensajeros de los Milesianos y Hermócrates, de Mileto á Lacedemonia.

Alcibiades volvió, de donde estaba Tisafernes, á Samos, donde también llegaron mensajeros de Delos, que los cuatrocientos gobernadores de Atenas habían enviado allí para aplacar y apaciguar á los que estaban en Samos.

Mas al principio, siendo por ellos reunido el pueblo, los hombres de armas hicieron instancia para que no les diesen audiencia, antes con grandes voces aseguraban que debían hacer pedazos á tales hombres, pues querían destruir el régimen popular. A pesar de esto y después de muchas palabras, con gran dificultad les oyeron en silencio.

Estos mostraron cómo la mudanza de régimen que

había sido hecha, no era en manera alguna para abatimiento de la ciudad, como daban á entender; antes para su salvación y á fin de que no cayese en poder de los enemigos, los cuales ya habían ido hasta junto á los muros de Atenas. Por esto se había creído necesario elegir los cuatrocientos, para ordenar la defensa, y los demás negocios de la ciudad con los otros cinco mil, los cuales eran todos participantes en la resolución de toda clase de asuntos; añadieron que no era verdad lo que Quereas aseguró, por envidia, de que habían desterrado y maltratado á los hijos, parientes y amigos de los que estaban fuera, pues al contrario, les dejaban todos sus bienes y casas, y en la misma libertad que gozaban antes.

Después de estas disculpas y demostraciones, queriendo pasar adelante, se lo impidieron los Atenienses que allí estaban, á los cuales parecía mal lo que decían, y comenzaron á expresar muchas y diversas opiniones.

El mayor número era de parecer que debían ir por mar á Pireo.

En esta discordia Alcibiades se mostró tanto ó más amigo de la patria que otro alguno. Porque viendo que los Atenienses que estaban allí querían ir contra los de Atenas, y conociendo que si aquello se realizaba ocasionaría que los enemigos tomaran toda la tierra de Jonia y del Helesponto, no lo quiso permitir, antes lo contradijo con más vigor y energía que ningún otro y por su autoridad impidió esta navegación é hizo callar á los que habían dado voces contra los mensajeros públicamente.

Después les ordenó volver á Atenas con esta respuesta; que en lo que toca á los cinco mil hombres que se habían nombrado para ayuda de la gobernación de la ciudad, no era de opinión que les privasen de estas facultades, mas los cuatrocientos quería que se suprimiesen y que fuese restablecido el Consejo de quinientos en la forma que estaba antes. Y en lo tocante á lo que había sido hecho por los cuatrocientos, de disminuir los gastos de la ciudad para atender á la paga de los hom-

bres de armas, lo hallaba muy bueno, y les exhortaba proveyesen bien en los otros negocios de la ciudad y que no permitieran cayese en poder de los enemigos; dándoles buena esperanza de aplacar las diferencias, quedando la ciudad en su ser, sin que viniesen á las armas unos contra otros, para lo cual era necesario que todos tuviesen gran prudencia, porque si llegaban á la lucha los que estaban en la ciudad contra los que estaban en Samos, cualquiera de ellos que alcanzara la victoria no encontraría ya persona con quien hacer tratos ó conciertos.

En esto llegaron embajadores de parte de los Argivos, que ofrecieron á los Atenienses que allí estaban, ayuda y socorro contra los cuatrocientos, para la defensa del régimen popular, á los cuales Alcibiades agradeció mucho sus buenos ofrecimientos, y después de haberles preguntado á ruego de quien iban con esta embajada y respondido ellos que de nadie, les despidió amablemente.

Y á la verdad, no habían sido requeridos para ir. Pero enviados algunos de los marinos del trirreme *Parolo* por los cuatrocientos en un buque de guerra, para ver lo que se hacía en Eubea y también para llevar tres embajadores que estos cuatrocientos enviaban á Lecedemonia, y que eran Lespodio, Aristofon y Miliesias, los tripulantes, cuando llegaron á Argos, entregaron los embajadores presos á los Argivos, acusándoles de que habían sido los principales autores y cómplices para quitar el régimen popular en Atenas, y después no volvieron á Atenas, sino que embarcaron á los embajadores de los Argivos y los llevaron en su buque á Samos.

En ese mismo verano, Tisafernes, conociendo que los Peloponenses tenían mala opinión de él por algunas causas, entre ellas la restitución de Alcibiades y porque presumían tomaba el partido de los Atenienses, para disculparse ante ellos de esta sospecha, se preparó á recibir á los barcos fenicios que habían de ir; y para salirles al encuentro, pues estaban en el puerto de Aspenda, mandó á Lichas que fuese con él. Mientras hacía el viaje, dejó por su lugarteniente á Tamos, uno de sus capitanes, al

cual dió encargo, según decía, de pagar el sueldo á los marineros Peloponenses.

Creyóse después que no había ido á Aspenda con el referido objeto, porque no hizo ir las naves, siendo cierto que entonces había allí ciento quince todas aparejadas. Y aunque no se supiese en verdad la causa de este viaje, porque no ordenó que se unieran á los Peloponenses aquellos barcos, no dejaron de formarse diversos juicios.

Unos presumían que hizo aquello por entretener los negocios de los Peloponenses, con esperanza de su vuelta, porque Tamos, al cual había dejado para reemplazarle, no pagó mejor que él lo había hecho, sino peor. Otros juzgaron que había ido á cobrar el dinero necesario para pagar el sueldo de los Fenicios al enviarlos. Otros presumían que su objeto era borrar la mala opinión que los Peloponenses tenían de él, mostrándoles que deseaba sinceramente ayudarles, pues iba por la armada, la cual ya se sabía que estaba aparejada.

Cuanto á mí, tengo por muy cierto, y la cosa es muy evidente, que no quiso llevar los barcos, sino que lo fingió en este viaje, para que, esperando su venida, los negocios de los Griegos llegaran á la mayor confusión, y no dando ayuda á ninguna de ambas partes, sino faltando á entrambas, quedasen iguales y débiles. Porque es muy claro, que si quisiera unirse de buena voluntad con los Lacedemonios, éstos hubieran entonces alcanzado la victoria, pues en aquella sazón estaban tan poderosos por mar como los Atenienses.

La excusa que dió de no haber llevado los barcos, puso de manifiesto su malicia y engaño, pues dijo que era porque los Fenicios no habían dado el número de buques que les había pedido á nombre del Rey; de creer es que hubiera satisfecho á éste, conseguir el mismo objeto con menor número y á menos coste.

Cualquiera que fuese su intención, los Peloponenses enviaron por su parte dos trirremes con él cuando fué al lugar de Aspenda, de los cuales era caudillo un lacedemonio llamado Filippo.

Al saber Alcibiades la ida de Tisafernes, tomó trece trirremes de los que estaban en Samos, y se fué hacia aquella parte, haciendo entender á los Atenienses de Samos que su ida aprovecharía en grande manera, porque haría tanto que la armada que estaba en Aspenda vendría en socorro, ó no iría en ayuda de los Lacedemonios, y se los aseguraba conociendo, como como era de creer, los deseos de Tisafernes por la larga comunicación que había tenido con él, que eran no enviar la armada á los Peloponenses.

También lo decía con la intención de hacer al mismo Tisafernes más sospechoso á los Peloponenses, á fin de que después fuese obligado á ponerse de parte de los Atenienses; fué, pues, hacia donde estaba, manteniéndose siempre en alta mar, hacia la parte de Faselide y de Cauna.

## XII.

Divididos los Atenienses por la mudanza en el gobierno popular de la república, procuran restablecer algún acuerdo entre ellos.

En este tiempo, los embajadores que los cuatrocientos habían enviado á Samos, de vuelta en Atenas, dieron cuenta del encargo que Alcibiades les había dado, y que consistía en que ellos procurasen guardar la ciudad y defenderse de los enemigos, que él tenía esperanza de reconciliar á los que estaban en el armada de Samos y de vencer los Peloponenses, cuyas palabras infundieron grande ánimo á muchos de los cuatrocientos, que ya estaban enfadados y enojados de aquella forma de gobierno, y de buena voluntad la hubieran dejado, de poderlo hacer sin peligro.

Al saber los deseos de Alcibiades, todos de común acuerdo tomaron á su cargo los negocios, nombrando á

los dos hombres más principales y más poderosos de la ciudad por sus caudillos, que eran Teramenes, hijo de Agnón, y Aristócrates, hijo de Sicelio, y además de éstos, muchos otros de los más á propósito de los cuatrocientos, los cuales se excusaban de haber enviado embajadores á los Lacedemonios, diciendo que lo habían hecho por el temor que tenían á Alcibiades y á los otros que estaban en Samos, para que la ciudad no fuese ofendida.

Parecía que se podría evitar que la gobernación cayera en manos de pocos en número, si procuraban que los cinco mil que habían sido nombrados por los cuatrocientos tuviesen el mando y la autoridad efectivos y no de palabra, y que de esta manera el régimen se podría reformar para el bien de la ciudad, del cual, aunque hiciesen siempre mención en sus juntas, la mayor parte de ellos tiraba á su particular derecho y á la ambición de su autoridad, esperando que, si destruían la gobernación de los cuatrocientos, no quedarían solamente iguales á los otros, sino superiores.

Además, en el régimen de gobierno popular, cada uno sufre mejor una derrota de sus aspiraciones, porque los oficios se dan por elección del pueblo, y le parece no haber sido desechado por sus iguales, cuando se hace por todo el pueblo.

Y á la verdad, la autoridad que Alcibiades tenía con los que estaban en Samos, dió grande esfuerzo á éstos, y les parecía como que el estado de los cuatrocientos no podía durar; cada uno de ellos se esforzaba en adquirir entre el pueblo el mayor crédito que podía, para ser el mayor en autoridad.

Los que eran principales entre los cuatrocientos trabajaban en sentido contrario cuanto podían, y principalmente Frinico, el cual, siendo el caudillo de los que estaban en Samos, había sido contrario á Alcibiades; también Aristarco, que había sido siempre enemigo del régimen popular, y lo mismo Pisander, Antifon y los otros que eran de los más poderosos de la ciudad, los cuales, desde el tiempo que habían tomado el cargo y

aun después de la mudanza y revuelta que había habido en Samos, enviaron embajadores propios á Lacedemonia, procurando mantener la gobernación de la oligarquía con todo su poder, y hacían levantar y disponer la muralla de Etione.

Después de la vuelta de los embajadores que habían enviado á Samos, viendo que muchos de su partido mudaban de opinión, aunque los habían tenido por muy constantes y determinados en el negocio, enviaron de nuevo é inmediatamente á Antífon y á Frinico con diez de su bando á los Lacedemonios, y les dieron comisión de hacer algún concierto con ellos lo mejor que pudiesen, con tal que fuese tolerable. Hicieron esto por el temor que tenían, así de los que estaban en Atenas, como de los que se encontraban en Samos.

Cuanto á lo de la muralla que alzaban y reparaban á Etione, lo hacían, como lo decía Teramenes y los que estaban con él, no tanto por estorbar que los que estaban en Samos pudiesen entrar en el puerto de Pireo, como por recibir el ejército de mar y de tierra de los enemigos cuando quisiesen; por cuanto el lugar de Etione está á la entrada del puerto de Pireo en figura ó forma de media luna.

La muralla que hacían por la parte de la tierra hacia el lugar era de tal manera fuerte, que con poca gente que estuviese en ella, podían á su voluntad dejar entrar los barcos ó impedirlo, porque el lugar se juntaba con la otra tierra del puerto, que tiene la entrada harto estrecha.

Además de estas obras que hicieron en Etione, repararon la muralla vieja que estaba fuera de Pireo, del lado de tierra, y edificaron otra nueva por dentro á la parte de la mar, y entre las dos hicieron grandes trojes paneras, dentro de las cuales obligaron á todos los de la villa á traer y meter el trigo que tenían en sus casas, y también todo lo que traían por mar lo hacían allí descargar, y los que querían comprar, necesitaban ir á hacerlo allí.

Estas cosas que los cuatrocientos hacían, á saber, las reparaciones y provisiones para recibir á los enemigos, lo divulgaba ya Teramenes antes que los postreros embajadores fuesen de parte de los cuatrocientos á Lacedemonia. Mas después que volvieron sin conseguir nada, él decía y publicaba más abiertamente que la muralla que habían hecho sería causa de poner el estado de la ciudad en peligro.

Porque en este mismo tiempo llegaron allí cuarenta y dos barcos de los enemigos, de los cuales una parte eran italianos y sicilianos que venían del Peloponeso, de los que habían enviado á Eubea, y algunos de los otros eran de los que dejaron en el puerto de Ye, en tierra de Laconia, de los cuales era capitán Hegesandridas, hijo del espartano Egesander, de lo cual deducía Teramenes que ellos no habían llegado allí, tanto por ir á Eubea, como por ayudar á los que construían la dicha muralla de Etione, y que si no se hacía buena guarda habría gran peligro de que tomasen á Pireo en llegando. Esto que decían Teramenes y los que estaban con él, no era del todo mentira, ni dicho por envidia; porque á la verdad, los que ejercían la oligarquía en Atenas bien quisieran, si pudieran, gobernar la ciudad en libertad y bajo su autoridad y poder mandar á los demás como representantes de la cosa pública; pero si no pudiesen mantener y defender su autoridad, estaban resueltos, teniendo el puerto, los buques y la fortaleza de Pireo en sus manos, á vivir allí con seguridad, temiendo que si el pueblo recuperaba el poder que tenía en el régimen democrático, fuesen ellos de las primeras víctimas.

Y si no pudieran defenderse allí, antes de caer en las manos del pueblo deliberaban meter dentro de Pireo á los enemigos, pero sin darles los buques y fortalezas, y capitular con ellos en los negocios de la ciudad lo mejor que pudiesen, con tal de que sus personas fuesen salvas.

Por estas causas y razones tenían buenas guardas en las murallas y á las puertas: y en lo demás activaban

cuanto podían la fortificación de los lugares por donde los enemigos podían tener entrada y salida, temiendo que los tomaran por sorpresa.

Todos estos proyectos y deliberaciones se hacían y comunicaban primeramente entre pocos hombres. Mas después Frinico, vuelto de Lacedemonia, fué herido en la plaza del mercado por uno de los que hacían la centinela, de cuya herida murió al llegar á su casa; y el que le hirió huyó. Un Argivo, su cómplice, fué por orden de los cuatrocientos preso y sometido á tormento, á pesar del cual no nombró á nadie como autor del asesinato, y dijo no saber otra cosa, sino que en casa del capitán de la guardia y de otros muchos ciudadanos, se juntaban á menudo muchas personas. Teramenes y Aristócrates, y los que estaban en inteligencia con ellos, así de los cuatrocientos como otros, continuaron con más calor su empresa. Cuanto más que la armada enemiga que estaba en Ye, habiendo tomado puerto y refresco en Epidauro, hacía muchas salidas y robos en la tierra de Egina, por lo cual Teramenes decía que no era de creer que si la armada quisiese ir á Eubea, viniera á recorrer hasta el golfo de Egina, para después volver á Epidauro, sino que había sido llamada por los que tenían y fortificaban á Pireo, como siempre aseguró.

Por esta causa, después de muchas demostraciones hechas al pueblo para amotinarle contra ellos fué determinado ir á tomar á Ye por fuerza.

Cumpliendo su determinación los soldados que trabajaban en la fortificación de Etione, de los cuales era capitán Aristócrates, prendieron á uno de los cuatrocientos, que era del partido contrario, llamado Alexicles, y le pusieron guardas en su propia casa. Después prendieron también á muchos, y entre otros á uno de los capitanes que tenían la guarda de Muniquio, llamado Hermón. Esto fué hecho con consentimiento de la mayor parte de los soldados.

Sabido esto por los cuatrocientos, que entonces se encontraban en el palacio de la ciudad, excepto aquellos á

quienes el régimen oligárquico no agradaba, determinaron ponerse en armas contra Teramenes y los que estaban con él. Mas él se excusaba diciendo que estaba preparado y dispuesto para ir á Ye á prender á los que hacían tales novedades. Llevando consigo uno de los capitanes que era de su opinión, se fué á Pireo, ayudándole Aristarco y la gente de á caballo.

Con este motivo levantóse grande alboroto y tumulto, porque los que estaban en la ciudad decían públicamente que Pireo había sido tomado ya, y muertos los que lo defendían, y los que estaban dentro de Pireo pensaban que todos los de la ciudad iban contra ellos.

Tan grande fué el alboroto, que los ancianos de la ciudad tuvieron harto que hacer deteniendo á los ciudadanos para que no se pusieran todos en armas.

En esto trabajó grandemente con ellos Tucídides de Farsalia; el cual, habiendo tenido grande amistad y conversando con muchos de ellos, los iba apaciguando con dulces palabras, demostrando y requiriéndoles que no quisiesen poner la ciudad en peligro de perdición, teniendo tan cerca á los enemigos que lo estaban aguardando. Con estas razones el furor fué aplacado y se retiraron todos á sus casas.

Teramenes, que era del gobierno con los demás cuatrocientos, al llegar á Pireo aparentó estar enojado contra los soldados; pero Aristarco y los de su parte, que eran del bando contrario, estaban, á la verdad, muy mal con ellos; los cuales no por eso dejaban de trabajar en su obra, hasta que algunos demandaron á Teramenes si le parecía mejor acabar la muralla ó derribarla. Respondióles que si querían derrocarla á él no le pesaría. Inmediatamente todos los que trabajaban y muchos otros de los que estaban en Pireo subieron sobre el muro, y en poco tiempo lo arrasaron.

Hicieron esto para atraer el pueblo á su opinión, diciendo en alta voz á los que estaban allí estas palabras:

«Quienes deseen que los cinco mil gobiernen y no los

cuatrocientos, deben ayudar á hacer lo que nosotros hacemos.»

Decían esto por no atreverse á declarar que pretendían restaurar el régimen popular; antes fingían estar contentos con que los cinco mil gobernasen, temiendo nombrar á alguno, por error, de los que pretendían ejercer mando en el régimen popular y no fiándose unos de los otros, cosa que admiraba á los cuatrocientos, quienes no querían que los cinco mil tuviesen la autoridad, ni tampoco deseaban que fuesen depuestos, porque haciendo esto era necesario volver al régimen popular; y dándoles autoridad era casi lo mismo, ejerciendo el poder tan gran número de hombres. Por esto no querían declarar que los cinco mil no habían sido nombrados y este silencio tenía á las gentes con temor y sospecha, así de una parte como de otra.

Al día siguiente los cuatrocientos, aunque algo turbados, se juntaron en palacio.

De la otra parte, los que estaban en armas en Pireo, habiendo derribado la muralla y soltado á Alexicles que tenían preso, fueron al teatro de Dionisio, es decir, de Baco, dentro de Pireo, y allí tuvieron su consejo. Después de debatido sobre lo que debían de hacer, acordaron ir á la ciudad, y dejar sus armas donde tenían por costumbre; lo cual hicieron. Viéndoles desarmados fueron á ellos muchos ciudadanos secretamente de parte de los cuatrocientos, acercándose á los que conocían por ser más tratables, rogándoles que se mantuviesen en paz sin hacer alboroto ni tumulto en la ciudad, é impidiendo que los otros lo hiciesen.

Dijéronle que podían nombrar todos juntos los cinco mil que debían ejercer la gobernación, y meter en este número á los cuatrocientos, con el cargo y autoridad que á ellos pareciere, para no poner la ciudad en peligro de venir á manos de los enemigos.

Con tales recomendaciones y consejos, que se hacían por diversas personas en distintos lugares, y á diferentes hombres, el pueblo que estaba en armas se apaciguó mu-

cho, temiendo que su discordia fuese para ruina y perdición de la ciudad. Y en efecto, fué acordado por todos que en cierto día se había de verificar la junta general del pueblo en el templo de Baco.

### XIII.

Victoria de los Peloponenses contra los Atenientes cerca de Eritria.—El gobierno de los cuatrocientos queda suprimido y apaciguadas las discordias.

Estando en el día señalado el pueblo junto en el templo de Baco, antes que se propusiese alguna cosa, llegaron noticias de que habían partido cuarenta y dos naves de Megara para ir á Salamina al mando de Hegesandridas, lo cual pareció al pueblo ser en efecto lo que Teramenes, y los que le seguían habían dicho antes, que la armada de los enemigos vendría derecha á la muralla que se edificaba, y que por esta causa era conveniente derribarla.

Sospechaban que Hegesandridas se detendría de intento alrededor de Epidauro y de los lugares circunvecinos, sabiendo la agitación en que estaban los Atenientes á fin de poner en ejecución alguna buena empresa si veía oportunidad para ello.

Los Atenientes al saber estas noticias corrieron á Pireo, temiendo la guerra delante de su puerto más que si estuviera en otra parte lejana. Por esta causa unos se lanzaron dentro de los barcos que estaban aparejados en el puerto, otros aparejaban los que no estaban á punto, y otros subían sobre los muros que estaban á la entrada del puerto para defenderle.

Pero los buques peloponenses habiendo pasado de Sunio, tomaron su camino entre Torice y Prasiese, y fueron á anclar en Orope.

Los Atenientes reclutaron inmediatamente los mari-

neros que hallaron dispuestos, como se acostumbra hacer en una ciudad que está en guerras civiles, para impedir el gran peligro de los enemigos. Porque todo el socorro que ellos recibían entonces era de Eubea.

Estando el lado de la tierra ya ocupado por los enemigos, enviaron á Timócrates, con los buques que pudieron entonces armar, á Eritria.

Al llegar allí, teniendo en todo treinta y seis trirremes con los que estaban antes en Eubea, vióse obligado á combatir. Porque Hegesandridas, habiendo ya comido partió de Orope, y venía la vuelta de Eritria, que dista de Orope sesenta estadios por mar.

Viendo, pues, los Atenienses que llegaba la armada de los enemigos en orden de batalla contra ellos, enviaron inmediatamente sus naves, pensando que los soldados les seguirían en seguida, pero éstos estaban esparcidos por toda la villa para hacer provisión de vituallas, porque los ciudadanos habían maliciosamente encontrado manera de que no llegasen provisiones para vender en la plaza, á fin de que los soldados, ocupados en buscar provisiones por la villa, no pudiesen embarcarse á tiempo, y los enemigos les cogieran descuidados. Además habían convenido con los enemigos hacerles señal cuando viesen la oportunidad de acometer los buques atenienses, lo cual hicieron. No obstante todo esto, los Atenienses que estaban en los barcos dentro del puerto contuvieron un buen rato la fuerza de los enemigos, mas al fin les fué forzoso huir, siguiéndoles los enemigos hasta la orilla del mar, donde los que se refugiaron dentro de la villa, como en tierra de amigos, fueron por los ciudadanos malamente muertos, mas los que se retiraron á los lugares fuertes que los Atenienses tenían, se salvaron, y lo mismo los de los barcos que pudieron ir hasta Calcide, mas los que no pudieron, que eran veinte y dos, fueron capturados con todos los que estaban dentro, marineros y tripulantes, siendo unos muertos y otros presos.

Por razón de esta victoria los Peloponenses alzaron allí un trofeo, y muy poco tiempo después pusieron toda

la isla de Eubea en su obediencia, excepto á Oreó que la poseían los Atenienses, y ordenaron su dominación en todos los lugares comarcanos.

Cuando la noticia de esta derrota llegó á Atenas, todo el pueblo se asustó tanto y más que del mayor infortunio que antes les hubiese ocurrido, porque aun cuando la pérdida que habían sufrido en Sicilia fuese de grande importancia, y muchas otras que les habían ocurrido en diversos tiempos, habiéndose rebelado el ejército que tenían en Samos, y no contando con otros buques, ni gente para salir al campo, estando ellos mismos por otra parte tan airados unos contra otros en la ciudad que sólo esperaban la hora de acometerse, y habiendo, después de tantas calamidades y malandanzas, perdido de un golpe toda la isla de Eubea, de la cual les llegaba más socorro que de su propia tierra de Atenas, fuera cosa muy extraña no espantarse de ello.

Cuanto más que estando la isla tan próxima á la ciudad, temían en gran manera que los enemigos, con el aliento que les daba aquella victoria, viniesen entonces á Pireo; cuyo puerto, totalmente desprovisto de naves, lo podían muy bien tomar si tuvieran ánimo para ello, é igualmente acometer la ciudad, ó á lo menos cercarla, la cual por esta vía cayera en mayor desorden.

Si hacían esto, los que estaban en la armada de los Atenienses en Jonia, aunque fuesen contrarios á la gobernación de los cuatrocientos, se verían obligados por su interés particular, y por la salud de su ciudad, á abandonar la tierra de Jonia para ir en socorro de su patria, de esta manera toda la tierra de Jonia, y del Helesponto, y las islas que están en aquel mar alrededor de Eubea, es decir, todo el imperio y señorío de los Atenienses quedaría en poder de los enemigos.

Mas los Lacedemonios en esto y en muchas otras cosas, fueron ciertamente útiles á los Atenienses, por la multitud y diversidad de las gentes que tenían en su compañía, muy diferentes en voluntad y manera de vivir, porque unos eran activos y diligentes, y otros tardíos y

descuidados, unos esforzados y otros temerosos. Especialmente para los combates por mar estaban muchas veces en grande discordia, lo cual resultó en provecho de los Atenienses.

Esto se pudo bien conocer por los Siracusanos, que siendo todos de un acuerdo y de una voluntad hicieron grandes cosas y tuvieron señaladas victorias.

Volviendo á nuestra historia, los Atenienses habiendo sabido estas nuevas, en vista de aquella gran necesidad y temor, armaron veinte navíos, é inmediatamente se juntaron en el lugar de Pniceo (1), y después otra vez en el lugar que llaman Picne, donde otras veces habían acostumbrado á juntarse, y en aquellas reuniones acordaron destituir á los cuatrocientos y que la autoridad quedase en manos de los cinco mil, de cuyo número fuesen todos los que pudieran llevar armas y quisiesen servir de soldados sin sueldo ni ventaja, y que cualquiera que lo hiciese de otra manera fuese maldito y abominable. Muchas otras reuniones hubo después, en las cuales fueron hechas diversas leyes tocantes á la administración de la república y nombrados nomothetes (2), de esta suerte me parece que hicieron muchas cosas para el régimen de sus negocios y por el bien de la ciudad, acabando las cuestiones que había entre ellos, á causa de la gobernación popular, y estableciendo un orden moderado que fué causa de que cesasen muchas y muy malas cosas que se hacían en la ciudad. Ordenaron en lo demás que

---

(1) Pniceo, sitio próximo á la ciudadela. Después de todas las reformas hechas para embellecer á Atenas, el Pniceo conservó su antigua sencillez.

(2) Había mil nomothetes, elegidos por suerte entre los que desempeñaron antes cargo de juez. Aunque el nombre de nomothete parece significar legislador, es preciso entenderlo en el sentido de examinador de las leyes, porque no se podían hacer leyes sino con la aprobación del Senado y la confirmación del pueblo. Los nomothetes examinaban las leyes antiguas, y si las encontraban inútiles ó perjudiciales, procuraban hacerlas abrogar por medio de un plebiscito.

Alcibiades y los otros que estaban con él fuesen llamados y que lo mismo se hiciera con los de Samos, á fin de que viniesen para ayudar á poner en orden los negocios de la ciudad.

Entretanto Pisander, Alexicles y algunos otros de los cuatrocientos, se refugiaron á Decelea; mas Aristarco, que era su caudillo, sin otra compañía, tomó cierto número de arqueros que estaban allí de los bárbaros (1), y fué á Oenoe, castillo que los Ateniese tenían en las fronteras de los Beocios, y que los Corintios habían cercado á causa de algunos homicidios que los del castillo habían hecho en sus gentes. Con los Corintios había algunos Beocios que servían como voluntarios.

Al llegar allí Aristarco trató con los Corintios y Beocios para hacer rendirse á los defensores. Habló con los que estaban dentro, haciéndoles entender que se habían convenido todas las otras cuestiones entre los Lacedemonios y los Ateniese, entre ellas la de que rindiesen el castillo á los Beocios.

Al oír estas palabras y razones los que estaban dentro, que no sabían lo que se había tratado, como hombres que estaban cercados, les dieron fe, por ser, como era Aristarco, el principal de los cuatrocientos, y se rindieron.

De esta manera cesó en Atenas la oligarquía; es, á saber, la gobernación á cargo de pocos escogidos, y con ella la sedición y división de los ciudadanos.

---

(1) Los Ateniese tenían arqueros de Scitia, que sabían muy mal la lengua griega. Esta ignorancia era muy útil á los desig-nios de Aristarco. Imposible le hubiera sido contar con tropas griegas que comprendiesen sus proyectos y supieran el estado de los asuntos públicos en Atenas.

## XIV.

Las armadas de los Atenienses y Peloponenses van al Helesponto, y se preparan para combatir.

En esta misma época, los Peloponenses que estaban en Mileto conocieron claramente que eran engañados por Tisafernes, porque ninguno de aquellos á quien él había mandado, cuando partió para ir á Aspende, que pagasen á los Peloponenses su sueldo, les había dado nada, y además no había noticia alguna de la vuelta de Tisafernes, ni de los barcos que prometía traer de Fenicia; por el contrario, Filipo, que había ido con él, escribía á Mindaro, capitán de la armada, que no tuviese esperanza en los buques, y lo mismo había escrito un espartano llamado Hipócrates que estaba en Faselis.

Por esta causa, siendo los soldados solicitados ó sobornados, y apremiados por Farnabazo, el cual deseaba con el favor de la armada de los Peloponenses, hacer rebelar todas las villas que tenían los Atenienses en su provincia, como lo había hecho Tisafernes, Mindaro, capitán de la armada, hizo liga con él, esperando que le iría mejor que con Tisafernes.

Para hacer esto más secretamente, antes que los Atenienses que estaban en Samos lo supieran, con la mayor diligencia que pudo partió de Mileto con setenta y tres trirremes é hizo rumbo hacia el Helesponto, á donde aquel mismo verano habían ido otros doce, los cuales ejecutaron muchos asaltos y robos en una parte del Queroneso.

Estando en el golfo de Queroneso, sobrevino una tormenta que le obligó á acogerse á Icare, y allí estuvo esperando que la mar se sosegase para después ir á Chío.

En este tiempo Trasilo, que estaba en Samos, fué avisado de que Mindaro había partido de Mileto, é in-

mediatamente partió con cincuenta buques á toda vela para llegar el primero al Helesponto. Mas sabiendo después que la armada de los enemigos estaba en Chío, y pensando que se detendría allí algunos días para tomar provisiones, metió sus espías en la isla de Lesbos, y también en la tierra firme, que está en frente de la isla, para que los enemigos no pudiesen pasar sin ser de ello advertido; y él, con el resto de la armada, fué á Metimne, donde hizo tomar harina y otras vituallas para ir de Lesbos á Chío si los enemigos se detuviesen allí algún tiempo.

También quería ir á la ciudad de Erese, para recobrarla si pudiese, porque se había rebelado contra los Lesbianos por intrigas de algunos desterrados de Metimne, que eran de los principales de la ciudad, los cuales, habiendo llamado de la ciudad de Cume hasta cincuenta buenos hombres de sus amigos y aliados, y pagados trescientos soldados de tierra firme al mando de un ciudadano de Tebas que ellos habían escogido por la amistad y alianza que tenía con los Tebanos, fueron por mar derechos á Metimne pensando entrar por fuerza; pero su empresa no tuvo efecto, porque habiendo entrado allí los Atenienses que estaban en Mitilene de guarnición, acudieron súbitamente en socorro de los ciudadanos, y combatiendo contra estos desterrados, les obligaron otra vez á salir de la ciudad de noche, yéndose á Erese, donde hicieron por fuerza que les recibiesen y se rebelase contra los Mitilenos.

Llegado allí Trasilo con toda su armada, se preparaba para acometer la villa; por su parte Trasibulo, que había sido avisado en Samos de la ida de los desterrados á Erese, llegó también con cincuenta naves, y además habían ido otros dos buques que estaban en Metimne, reuniéndose en número de sesenta y siete, que llevaban gente é ingenios para tomar á Erese.

En tanto que esto pasaba, Mindaro, con los buques Peloponenses, habiendo hecho provisión de vituallas por espacio de dos días en Chío, y recibido la paga de sus

soldados, que les dieron los de la villa; es á saber, cuarenta y tres dracmas por cada uno, tres días después desplegó velas, y por temor de encontrar los barcos que estaban en Erèse, salió á alta mar, dejando la isla de Lesbos á mano izquierda, y navegando cerca de tierra firme hasta llegar á la villa de Craterie, que está en tierra de Focea, donde comió con su gente.

Después de comer pasaron á lo largo de la tierra de Cumas, y fueron á cenar á la villa de Arginuse, que está en tierra firme enfrente de Mitilene.

Cuando hubieron cenado, navegaron la mayor parte de la noche, de tal manera, que llegaron casi á mediodía á Armatonte, villa en tierra firme, frente á Metimno, donde comieron apresuradamente.

Después de comer, pasando cerca de Lecte, de Larise, y de Amaxite, y de otros lugares de esta región, llegó á Retio, donde comienza el Helesponto, casi á media noche, parte de la armada, y la otra parte á Sigea, y á los otros puertos vecinos.

Los Atenienses que estaban en Sestos con diez y ocho buques, viendo que sus atalayas les hacían señales con fuegos, y lo mismo otros muchos fuegos que hacían á la orilla de la mar, conocieron que los Peloponenses habían entrado en el golfo de Helesponto, y embarcáronse aquella misma noche dirigiéndose por el Queroneso hacia Eleonte, pensando por esta vía evitar, y desviarse de la armada de los enemigos y salir á alta mar; y en efecto, pasaron con tanta diligencia, que los diez y seis buques que estaban en Abidos no los vieron, aunque tenían orden de los otros Peloponenses para que los Atenienses no pasasen sin que ellos lo supieran.

Cuando apareció el alba vieron los barcos de Mindaro, y sin pérdida de momento, se pusieron en huída, no saliendo todos á alta mar, antes parte ellos se refugiaron en tierra firme, y algunos otros en Lemnos. Cuatro de ellos que quedaron de los últimos, fueron presos cerca de Eleonte con las gentes que estaban dentro, porque encallaron junto á la Capilla de Protesilao. También co-

gieron dos buques vacíos, porque los que estaban dentro se salvaron, y quemaron otro vacío, que también habían preso.

Hecho esto, y habiendo juntado, así de Abidos como de otros lugares, hasta ochenta y seis trirremes, fueron derechos á Eleonte, pensando tomarla por la fuerza; más viendo que no había esperanza de ello, se dirigieron á Abidos.

En este tiempo los Atenienses, pensando que la armada de los enemigos no podría pasar sin que lo supiesen, estaban siempre delante de Erese, y hacían sus preparativos para atacar la muralla. Mas cuando supieron que los otros habían pasado, abandonaron el cerco, se fueron con toda diligencia hacia el Helesponto para socorrer á sus gentes, y encontraron dos buques Peloponenses que habían seguido con demasiado empeño á los otros Atenienses, los cuales tomaron.

Al día siguiente de mañana llegaron á Eleonte, donde recogieron los otros buques que habían escapado del encuentro de Imbre, refugiándose allí, y por espacio de cinco días hicieron sus aprestos para el combate; después de lo cual libraron la batalla en la forma siguiente.

## XV.

Victoria de los Atenienses contra los Peloponenses en el mar del Helesponto.

La armada de los Atenienses desfilaba en dos hileras, y se extendía de la parte de Sestos hacia tierra firme.

De la otra parte la de los Peloponenses, viéndola venir, partió de Abidos para encontrarla, y desde que se vieron, advirtiéndoles una y otra que les convenía combatir, se extendieron en la mar, á saber, los Lacedemonios, que tenían sesenta y ocho trirremes, se ensancharon desde Abidos hasta Dardania. En la extrema derecha

fueron los Siracusanos; y la izquierda, donde estaban los barcos más ligeros, la mandaba Mindaro.

Los Atenienses se extendieron junto al Queroneso, desde Idaca hasta Arriane, contando entre todos noventa y seis trirremes, á cuya extrema izquierda estaba Trasilo, y á la derecha Trasibulo, y los otros capitanes cada uno en el lugar que les fué dado.

Adelantáronse los Peloponenses para combatir y acometer los primeros por encerrar con su extrema izquierda la derecha de los Atenienses si podían, de tal manera que no se pudiesen ensanchar más en la mar: y que los otros buques que ocupaban el centro fuesen obligados á replegarse hacia tierra, que no estaba muy lejos.

Conociendo los Atenienses que los enemigos los querían encerrar, les acometieron con grande ánimo, y habiendo tomado el largo de la mar, navegaban con más velocidad y presteza que los otros.

Por otra parte, su extrema izquierda había ya pasado el promontorio ó cabo que llaman, el Sepulcro del perro; por lo cual los barcos que tenían en el centro de la batalla quedaron desamparados de los de las puntas, corriendo mayor peligro por tener allí los enemigos mayor número de buques, mejor armados y de más gente. Además el promontorio del Sepulcro del perro se extendía á lo largo dentro en la mar, de suerte que los que estaban en el golfo y seno de él, no veían nada de lo que se hacía fuera.

Por esta causa, viendo los Peloponenses á dichos barcos desamparados, de tal manera cargaron sobre ellos, que los rechazaron hasta la tierra; y creyendo segura la victoria, saltaron en gran número en tierra para ir al alcance de los Atenienses que no podían ser socorridos por su gente, es decir, por los que estaban á la extrema derecha con Trasibulo, á causa de que los enemigos los apuraban mucho por ser en gran cantidad mayor que los suyos el número de barcos que ellos tenían.

Tampoco de los que estaban á la izquierda con Trasilo les protegían, porque no podían ver lo que éstos hacían,

á causa del promontorio que estaba entre ellos; y también porque tenían harto que hacer resistiendo á los triremes Siracusanos; y gran número de otros que los atacaban, hasta que los Peloponenses, viendo suya la victoria, comenzaron á ponerse en desorden para seguir los buques de los enemigos cuando se apartaban.

Entonces Trasibulo, viendo á sus enemigos desordenados sin costear más con los que estaban delante de él, embistió con grande ánimo y esfuerzo contra ellos; de tal manera, que los puso en huida; y hallando á los que le habían roto el centro de su línea de batalla, los infundió tan gran pavor que muchos de ellos, sin esperar más, empezaron á huir; visto lo cual por los Siracusanos y los que estaban con ellos, á quienes tenía ya en grande aprieto Trasilo, hicieron lo mismo que los otros.

Toda la armada de los Peloponenses se retiró de ésta manera huyendo hacia el río Pidio, y de allí á Abidos. Y aunque los Atenienenses no cogieron muchos barcos de los enemigos, la victoria les vino muy á punto, porque tenían gran temor á los Peloponenses en el mar, á causa de las muchas pérdidas que habían sufrido en la guerra naval y en otros muchos lugares, contra ellos, sobre todo aquella de Sicilia.

Después de esta victoria cesó el temor que tenían á los Peloponenses en guerra marítima, y el miedo á la murmuración, que había en su pueblo á causa de esto.

Los trirremes que cogieron á los enemigos fueron los siguientes: ocho de Chío, cinco de los Corintios, dos de los Ambraciotes y otros dos de los Beocios. De los Leocadianos, Lacedemonios, Siracusanos y Pelianos, de cada uno, uno; y de los suyos perdieron quince.

Después de la batalla recogieron los náufragos y los muertos, dando á los enemigos los suyos por acuerdo que hubo entre ellos y levantado el trofeo en señal de victoria sobre el promontorio del Sepulcro del perro, enviaron un buque mercante para hacer saber á los Atenienenses este triunfo.

Los ciudadanos que estaban en gran desesperación á

causa de los males que les habían sucedido, así en Eubea como en la misma ciudad, con las sediciones, se tranquilizaron y tomaron en gran manera ánimo con esta noticia, esperando poder aún alcanzar la victoria contra sus enemigos, si sus negocios fuesen bien y con diligencia guiados.

Cuatro días después de aquella batalla, después de reparar con gran diligencia sus naves, que quedaron muy destrozadas en Sestos, partieron para ir á recobrar la ciudad de Cizico, que se había rebelado contra ellos; y por el camino vieron ocho navíos Peloponenses en el puerto de Harpagio y de Priape, que habían partido de Bizancio, á los que acometieron y capturaron.

De allí fueron á Cizico, la tomaron fácilmente por no tener murallas, y de los ciudadanos sacaron gran suma de dinero.

En este tiempo los Peloponenses fueron de Abidos á Eleante, y tomaron de las naves que tenían allí de los enemigos las que hallaron enteras, porque los de la villa habían quemado gran cantidad. Además enviaron á Hipócrates y á Epicles á Eubea, para llevar otras que allí estaban.

En esta misma sazon Alcibiades partió de Cauna y de Faselides con catorce barcos, y vino á Samos, haciendo entender á los Atenienenses que allí estaban, que él había sido causa de que los barcos fenicios no hubieran ido en ayuda de los Peloponenses, habiendo atraído á Tisafernes á la amistad y confederación de los Atenienenses muchos más que antes.

Después, uniendo á los buques que llevaba otros nueve que halló allí, fué á Halicarnaso, de donde sacó gran cantidad de dinero, cercó la villa de muralla y volvió á Samos, casi en el principio del otoño.

Al saber Tisafernes que la armada de los Peloponenses había partido de Mileto para ir al Helesponto, salió de Aspende, dirigiéndose á Jonia.

Entretanto, estando los Peloponenses ocupados en los negocios del Helesponto, los ciudadanos de Antandros

(que es una villa de los Eolianos), tomaron consigo cierto número de soldados en Abidros, los hicieron pasar por el monte Ida de noche, los metieron dentro de la villa, y echaron de ella á los del persa Arsaces, el cual estaba allí como capitán, puesto por Tisafernes, y trataba mal á los de la ciudad. Además del mal trato, teníanle mucho miedo, por la crueldad que había usado contra los Delianos; los cuales, cuando les echaron de la isla de Delos los Atenienses, se refugiaron, por motivos de religión y amistad, en una villa cerca de Antandros, llamada Atramirte, y este Arsaces, que les tenía algún rencor, disimuló el enojo y fingió con los más principales quererle servir de ellos en la guerra y darles sueldo. Por esta vía los hizo salir al campo y un día, estando comiendo, los cercó con su gente, y mató á todos cruelmente á flechazos.

Por estas causas, y por no poder sufrir los tributos que les ponían, los Antandrianos echaron á los Persas de la villa, y Tisafernes se sintió en gran manera ofendido, con tanto más motivo estándolo ya por lo que habían hecho los Peloponenses en Mileto y en Cnido, expulsando de ambas poblaciones á los soldados del jefe persa. Y temiendo que le sucediese peor, y sobre todo que Farnabazo los recibiese á su sueldo, y con su ayuda hiciese con menos gasto, y en menos tiempo más efecto que había podido hacer él contra los Atenienses, determinó ir al Helesponto para quejarse ante los Peloponenses de los ultrajes que le habían sido hechos.

También iba por excusarse y descargarse de lo que le culpaban, principalmente en lo de las naves de los Fenicios. Púsose en camino, y llegado á Efeso, hizo su sacrificio en el templo de Diana.

En el invierno venidero, después de este verano, finaliza el año veintiuno de esta guerra.